

nes que le hacia Lindaraja; y por no verla, y por no traer á la memoria sus penas, se salió aquel dia armado, por si encontraba algun cristiano con quien pelear. Pues como Gazul entró tan gallardo, y vió que todo el vulgo le miraba, se puso en medio de la plaza, y aguardó que el toro viniese por aquella parte; el cual no tardó mucho, que habiendo muerto cinco hombres, y atropellado mas de cincuenta, llegó; y asi como vió el caballo, arremetió para herirle. Gazul le aguardó, y al tiempo que el toro quiso dar su golpe, le clavó un rejonazo tan cruel por medio de los hombros, que contra su gusto cayó en tierra, y no hirió al caballo. Sentia tanto dolor el lastimado toro, que puestos los pies y manos hácia arriba, se revolcaba en su sangre, dando unos bramidos espantables. Admirado quedó el rey y toda la corte de ver la venturosa suerte de Gazul, y qué brevemente habia quitado la fuerza y brio á un animal tan feroz. Con mucho contento estaba Gazul, lidiando los toros que se corrían, aguardándolos hasta llegar muy cerca, y despues los lastimaba con el rejon de tal suerte, que no volvian mas á él; y porque aquel dia lo hizo tan bien el invencible Gazul, se dijo este

ROMANCE.

Estando toda la corte
de Abdalí, rey de Granada,
haciendo una rica fiesta,
habiendo hecho la zambra,

Por respeto de unas bodas
de gran nombradía y fama,
por las cuales corren toros
en la plaza Vivarrambla.

Estando corriendo un toro,
que su braveza espantaba,
se presentó un caballero
sobre un caballo en la plaza,

Con una marlota verde,
de damasco bandeada,
y el capellar de lo mismo,
muestra color de esperanza.

Plumas verdes, y el bonete
parece de una esmeralda;
seis criados van con él,
que le sirven y acompañan,

Vestidos también de verde,
porque su señor lo manda,
como aquel que en sus amores
esperanza lleva larga.

Un rejon fuerte y agudo,
cada criado llevaba;
de color negro eran todos,
y bandeados de plata.

Conocen al caballero
por su presencia bizarra,
que era el muy fuerte Gazul,
caballero de gran fama,

El cual con gentil donaire
se puso en medio la plaza
con un rejon en la mano,
que al gran Marte semejava,

Y con ánimo invencible
al fuerte toro aguardaba.

El toro cuando le vió,
al cielo tierra arrojaba

Con las manos y los pies,
cosa que gran tenor daba;
y despues con gran furor
hácia el caballo arrancaba

Por herirle con sus cuernos,
que como alesnas llevaba;
mas el valiente Gazul
su caballo bien guardaba,
porque con el rejon duro
con presteza no pensada

Al bravo toro hiriera
por entre espalda y espalda;
el toro muy mal herido

con sangre la tierra baña,
Quedando en ella tendido
su braveza aniquilada.

La corte toda se admira
en ver aquella hazaña,

Y dicen que el caballero
es de fuerza aventajada;
el cual corridos los toros,
el Coso desembaraza.

Haciendo mesura al rey,
y á Lindaraja su dama;
lo mismo hizo á la reina,
y á las damas que allí estaban.

Volviendo al propósito, el fuerte Gazul cor-
rió los demas toros que quedaban, en compañía



JUNTA DE ANDALUCIA

Generalife

de otros caballeros que los corrían; y no quedando ya ningún toro, hecho el acatamiento debido al rey y á la reina, y á las damas, y en particular á Lindaraja, se salió de la plaza, quedando todos muy contentos en haber visto su hazaña. Luego se tornó á montar para que entrase el juego de cañas. Los caballeros del juego se fueron á aderezar, y no tardó mucho que al son de militares trompetas entró el valeroso Muza con su cuadrilla; con tanta bizarría, gala y gentileza, que no había mas que ver. Toda la librea era blanca y azul con griones y bandas pajizas, plumas encarnadas y blancas, con mucha argentería de oro; por divisa en las adargas un salvaje, que con un baston deshacia un mundo. Esta divisa era de los bravos Abencerrages muy usada, con una letra á los pies del salvaje, que decía así:

Abencerrages levanten

hoy sus plumas hasta el cielo,

pues las famas en el suelo

con la fortuna combaten.

De esta forma entró el granadino Muza muy gallardo y bizarro con toda su cuadrilla, que eran treinta Abencerrages, todos caballeros de mucho valor. En entrando hicieron todos un concertado caracol, escaramuceando unos con otros, y al cabo se pusieron cada uno en su puesto. Luego el bando de los Zegríes entró muy gallardo, y no menos vistoso que los Abencerrages: su librea era verde y morada, cuarteada de color de hojaldre muy vistosa. Venían en yeguas bajas muy ligeras: los pendones de las lanzas eran

verdes y morados; y si los Abencerrages hicieron buena entrada y caracol vistoso, no la hicieron menos los bravos Zegries. Traían por divisa en las adargas unos alfanges sangrientos con una letra que decía así:

Alá no quiere que al cielo
hoy suba ninguna pluma,
sino que se hunda y suma
con el adero en el suelo.

Habiendo hecho su caracol muy gallardamente, tomaron su puesto; y al punto los dos bandos se apercibieron de cañas para el juego. El rey, que ya tenía vistas las letras y divisas de los caballeros, entendió por ellas el rencor que tenían; y porque no resultase algún escándalo en tiempo de tantos regocijos y fiestas, luego se quitó de los miradores, y acompañado de todos los grandes de su corte bajó á la plaza antes que se comenzasen las cañas, que no fue poco importante su asistencia. Puesto á un lado mandó que jugasen, y al son de los añafles y chirimías se comenzaron á jugar las cañas, hechas cuatro cuadrillas. Las cañas se jugaron sin haber desconcierto alguno; aunque lo hubiera muy grande, si el rey no descendiera á la plaza, porque los Zegries venían de mano armada contra los Abencerrages; los cuales, escarmentados de la pasada, estaban apercibidos para lo que se ofreciera; pero con la presencia del rey que estaba con ellos, no ejecutaron su intento los Zegries. Habiendo visto los moros de los bandos contrarios al rey, estuvieron con mucha concordia, y se acabaron

las fiestas de aquel día sin pesadumbre y con mucho gusto, que no fue pequeño misterio. Y por estas fiestas de toros, y juego de cañas se hizo el siguiente

ROMANCE.

Con mas de treinta en cuadrilla,
hijosdalgo Abencerrages,
sale el valeroso Muza
á Vivarrambla una tarde; se va
Por mandado de su rey
á jugar cañas se sale,
de blanco, azul y pajizo,
con encarnados plumages;

Y para que se conozcan
en cada adarga un salvaje,
acostumbrada e divisa

de moros Aliencerrages,
Con un letrado que dice
Abencerrages levanten
hoy sus plumas hasta el cielo;
pues de ellas visten las aves.

Y en otra cuadrilla vienen
atravesando una calle
los valerosos Zegries,
con libreas muy galanes.

Todos de morado y verde,
marlotas y capellares,
en mil jaqueles gualdados
de plata los abicates.

Sobre yeguas bayas todos,
hermosas, ricas, pujantes;

por divisa en las adargas
 unos sangrientos alfanges,
 Con una letra que dice:
 no quiere Alá se levanten,
 sino que caigan en tierra
 con el acero pujante.

Apercíbense de cañas,
 el juego va muy pujante;
 mas por industria del rey
 no se revuelven, ni salen,
 Porque los Zegries tienen
 contra los Abencerrages
 un concierto de traidores,
 y no pudieron lograrle.

Acabado el juego de las cañas el rey y los demás caballeros principales de la corte, y la reina y las damas con sus novios se retiraron al Alhambra, donde el rey los regaló grandemente en la cena, porque estaba muy contento de que no habia sucedido ninguna desgracia. Hubo sarao real, y los desposados danzaron con las desposadas, y el rey con la reina, Muza con Celina, con mucho contento de ambos; Gazul danzó con Lindaraja. Tanto danzaron y bailaron aquella noche, que era ya casi de dia cuando se fueron á dormir los desposados. La hermosa Galiana, gozosa de verse en aquel punto con su Sarracino, á quien con tan escesivo amor amaba, despues de haberle dicho muchas amorosas razones, le dijo: «Dime, querido señor mio, qué fue la causa que el dia de S. Juan habiendo corrido con Abenamar las tres lanzas en el juego de la sortija, luego saliste de

la plaza, y no pareciste mas en aquellos cuatro ó seis dias? Fue porque perdiste la joya, ó por qué? Que te prometo que lo deseo saber.» — «Querida esposa y señora mia, la causa fue porque perdí tu retrato bello y la rica manga labrada de tu mano, y por la vergüenza que me ocupaba de parecer en tu presencia, y por saber que Abenamar ordenó aquel juego por vengarse de los dos: de ti, porque le desdenaste; y de mí, porque una noche le herí debajo de tu balcon estándote dando una musica, que bien creo que tendrás noticia de ello; y viendo que fortuna le favoreció tan á medida de su deseo, y que á mí me habia sido contraria, me dió tan gran tristeza y desesperacion, que enfermé de melancolia y maldici mi poca ventura; renegue del falso Mahoma, y prometí y juré á fe de caballero, de ser cristiano, y lo tengo de cumplir, aunque sobre ello muera, porque tengo por mejor la fe de los cristianos, que no la burlaria de la secta de Mahoma; y si tu me quieres bien, como dices, has de ser cristiana, que yo sé que el rey D. Fernando nos hará grandes mercedes por ello.» Con esto cesó, aguardando la respuesta que le daría Galiana, la qual luego le respondió: «Señor y esposo, no puedo yo huir en ninguna manera de tu voluntad; antes seguirla en todo y por todo; tú eres mi señor y marido, á quien yo di y entregué mi corazon; y así digo, que no iré contra tu gusto en cosa ni en parje; y mas, que yo sé que la Fe de los cristianos es mucho mejor que el Alcoran, y así prometo de ser cristiana.» —

«Acrecéntádome habeis las mercedes de todo punto, dijo Sarracino, y no esperaba menos de tan leal y firme pecho.» Y diciendo esto la abrazó entre mil ternezas, y así pasaron toda aquella noche. Venida la mañana, los grandes de la corte se juntaron y ordenaron que Abenamar, pues era tan buen caballero, se casase con Fátima, ya que en su servicio habia hecho tan grandes cosas. Los Zegries no quisieron que aquel casamiento se hiciese, por cuanto Abenamar tenia amistad con los Abencerrages; las cuales contradicciones no aprovecharon, porque el rey gustó de que se casaran, y todos los caballeros fueron en que se efectuase. Hecho el casamiento, las fiestas se aumentaron, haciendo cada dia zambra y muchas danzas y juegos; de modo que no habia otra cosa en la corte sino galas, invenciones, máscaras y regocijos; y los dejaremos en ellas por contar lo que le sucedió á Reduan en la Vega, yendo desesperado por verse aborrecido de Lindaraja que amaba á Gazul. Pues es de saber que como salió de la ciudad se fue por el rio Genil abajo, y llegó al Soto de Roma, que es un soto muy agradable, de mucha espesura de árboles; y hoy dia quien no tiene muy andadas las veredas se pierde en él: hay dentro infinidad de caza volátil y terrestre, y estará de Granada el principio del soto legua y media, teniendo de ancho y largo mas de cuatro leguas. Allí vio una escaramuza muy reñida entre cuatro moros y cuatro cristianos, por causa de que les querian quitar una mora muy hermosa, y la defendian, aunque

con pérdida y trabajo; por ser los cristianos de mucho valor. La mora miraba su escaramuza derramando abundancia de lágrimas. Reduan espoleó su caballo para favorecer á los moros; pero por priesa que se dió ya habian muerto á los dos, y los otros andaban á mal traer; y temerosos de la muerte desampararon á la dama, y volvieron las espaldas á todo correr de sus yeguas. A esta sazón llegó Reduan; y mirando á la hermosa mora la vió vertiendo perlas por los ojos, y que acrecentaba mas su triste llanto viendo muertos dos de sus guardadores, y que los otros dos se habian ido huyendo. Movidó de compasión el valiente Reduan, por librarla del poder de los cristianos, y sin hablarles palabra, los acometió, y del primer encuentro hirió al uno muy mal en un descubierto de la adarga, de modo que vino á tierra; y revolviendo su caballo con gran ligereza y velocidad, se apartó de los tres cristianos escaramuceando un gran trecho, y luego tornando como un pensamiento sobre ellos, de un encuentro derribó á otro caballero del caballo, mal herido. Los dos cristianos que quedaban embistieron á Reduan; y le uno de ellos le dió una gran lanzada, de suerte que quedó herido de una mala herida; el otro caballero, aunque le entró, no le hirió y rompió su lanza. Reduan viéndose herido, se apartó de ellos, y con muy bravo ánimo les volvió á embestir, de suerte que derribó del caballo al que estaba sin lanza. El cristiano que estaba solo hirió á Reduan segunda vez, y el encolerizado acometió al cristiano

para herirle, mas no se atrevió á esperarle por verse solo, pues los compañeros estaban en el suelo mal heridos, y los caballos andaban sueltos por el campo. Los dos moros que habiau ido huyendo se detuvieron por ver el fin de la batalla; y visto cuán en breve habia desbaratado aquel moro á los cuatro cristianos, volvieron espantados adonde habia dejado á la mora, la cual estaba admirada del valor del moro.

Reduan estaba hablando con ella maravillado de su hermosura, que le parecia ser mayor que la de Lindaraja y la de todas las damas de Granada; y así era verdad, que era la mas hermosa de todo el reino. Estaba Reduan tan rendido á la mora, que no se acordaba de Lindaraja, y solo se ocupaba en mirarla, y la preguntó quién era. En esto llegaron los dos moros, y dándole las gracias del socorro le dijeron así: «Señor caballero, Mahoma os trajo aqui á tal tiempo, que si vos no viniérais, nosotros del todo fuéramos perdidos y muertos á manos de aquellos caballeros cristianos; y lo que mas nos pesara es perder esta dama que traemos á nuestro cargo, y porque parece que estais herido, segun demuestra esa sangre, vamos la vuelta de Granada, y en el camino diremos lo que habeis preguntado; y mirad si de estos caballeros cristianos se ha de hacer alguna cosa.»—«No, dijo Reduan, básteles estar heridos; cogedles los caballos, dádselos, y váyanse.» De esto se maravillaron los moros, y cogieron los caballos y se los dieron á los cristianos, y ellos tomaron la via de Granada. Yendo

Reduan junto á la hermosa mora, la cual no menos pagada iba de Reduan que él iba de ella, el uno de los dos moros comenzó á hablar de esta manera: «Habeis de saber, señor caballero, que éramos cuatro hermanos y una hermana, que es la que presente veis: de los cuatro, por nuestra desdicha, ya habeis visto como quedan allí los dos muertos á manos de los cristianos, y aun habemos sido para tan poco los dos que quedamos, que aun no les dimos sepultura; pero querrá el santo Alá que hallemos algunos villanos que pagándoselo quieran dársela. Nuestro padre es alcaide de la fuerza de Ronda; y como supimos que en Granada se hacian tan grandes fiestas, pedimos á nuestro padre, Zaide Hamete, licencia para venir á verlas. Pluguiera al santo Alá que no hubiéramos venido, que nos ha costado dos hermanos, y afrentosamente huimos y dejamos en tan notable peligro á nuestra hermana Haja, si vos, señor, no lo remediárades. Esta es, señor caballero, nuestra lastimosa y verdadera historia; y pues ya, señor, habeis sabido nuestro viage, y tambien quién somos, recibiremos merced, si sois servido, que nos digais de dónde sois y cómo os llamais, para que sepamos á quién somos tan obligados.» Reduan les respondió: «Holgado me he, caballeros, de saber quién sois; bien conozco á vuestro padre, y conoci á vuestro abuelo Almadan, á quien mató D. Pedro Sotomayor. Pésame de no haber venido antes, que yo sé que no hubieran muerto vuestros hermanos, y huélgome mucho de haberos servi-

do en algo, y lo haré cada y cuando que se ofrezca; y por si os quereis servir de mí, y daros gusto, os diré quién soy: llámanme Reduan, y soy de Granada; vamos allá á mi casa, y será vuestra, donde os haré regalar y servir conforme mereceis.» — «Gran merced, señor Reduan, respondieron ellos, por el ofrecimiento que nos haceis; deudos tenemos en Granada donde podemos ir á posar, cuanto mas que por la desgracia sucedida nos detendremos muy poco en la ciudad, especialmente siendo ya pasadas las fiestas.» En esto iban hablando los dos hermanos de Haja, y Reduan, cuando vieron venir dos leñadores que con sus bagages iban por leña al dicho soto, y en llegando á ellos dijeron los dos hermanos á Reduan: «A buen tiempo han venido estos villanos, que podria ser quisiesen dar sepultura á nuestros hermanos, pagándoselo.» — «Yo se lo rogaré, dijo Reduan, y habló á los villanos diciendo: Hermanos, por amor del santo Ala, que deis sepultura á dos caballeros que están allí bajo muertos, que os será bien pagado.» Los villanos dijeron, que de buena gana lo harian, sin interés alguno. Los hermanos suplicaron á Reduan esperase allí en compañía de su hermana, en tanto que iban á ayudar á enterrar los muertos, que seguros iban, quedando ella con él, y á traer los caballos, siquiera porque no se aprovechasen de ellos los cristianos. «Mucho me holgára de acompañaros, dijo Reduan; pero pues es vuestro gusto que yo quede con vuestra hermana, soy contento.» Los moros se lo agra-

decieron mucho, y se fueron con los villanos para dar sepultura á sus hermanos, y cobrar los caballos perdidos. El valiente Reduan ardiendo en llamas de amor por la hermosa Haja, y viendo la oportuna ocasion por estar solos, la dijo de esta suerte: «O fue ventura, ó desdicha mia haberos hallado en esta parte; en un punto ví muerte, vida, cielo, suelo, tempestad, bonanza, paz y guerra; y lo que mas siento, es no saber el fin de una tan estraña aventura, como es la que la fortuna me ha ofrecido: de suerte estoy suspenso, Haja hermosa y bella, que no estoy en mí, sino en tí. No sé donde vaya sino á tí; temo declarar mi mal, muero si nó lo declaro, ardo en vivas llamas, estoy mas helado que los Alpes de Alemania. No sé si hable, ó calle, oh bellísima señora: por mejor medio elijo declararte lo que mi alma siente, para que des vida á quien le va faltando, pues tú eres la verdadera medicina, y salutifera á mi enfermedad. Sabrás, vida de esta mia, que en la dichosa hora que ví tus soles llorosos por la escaramuza de que tú eras la causa, luego comencé á pelear con cinco contrarios, cuatro los cristianos, y otro tú; vencilos, y te libré; y tú me venciste y cautivaste: ¿con qué armas peleaste, que tan presto me venciste? Pero ¿para qué lo pregunto, pues eres semejanza y cifra de la hermosura, dotada en discrecion, bravo donaire, brio y gentileza? Estas son las armas con que peleaste conmigo. No hallaste en mí resistencia, porque de mis potencias estabas apoderada: tu siervo soy, y tú mi se-

ñora y mi bien. Adórote, no me aborrezcas; estimote, no me menosprecies, no seas ingrata á mi pecho fiel, amoroso y verdadero: corresponde á mi casto amor, pues te admito por mi esposa, y dame respuesta piadosa.» Y diciendo esto enmudeció. Haja le respondió, diciendo: «Noble, brioso y esforzado caballero, aunque sin experiencia de causas de amor, por ser doncella de catorce años, recogida y noble, que presto sabrás quien soy, luego reconocí ser tu accidente de amorosas llamas, y á lo que me has dicho, digo que sea así por no contradecirte; pero bien sé que los hombres, por conseguir su lascivo deseo, dicen mil lisonjas vanas, y otras cosas ó cuitas en daño de las tristes mugeres, que de ligero se creen. Quiero resolverme y responder, porque vea venir á mis hermanos, que si tu me amas, soy tu rendida; si con facilidad me quisiste, con fuerza te adoro; si te parezco bien, me parece que no hay otro en la tierra como tú. Y si como dices, me quieres por esposa, pide á mis hermanos que alcancen el sí de mi padre, que el mío en tu boca está; y te prometo que será tan imposible faltar esta ferviente fé que tengo, como pedir á la nieve que caliente, al sol que resfrie y que no alumbre, y como ver en el suelo el firmamento estrellado. Tanto es lo que te quiero, moro, que en mi alma moras; y porque llegan mis hermanos, mudemos plática, no apartandome de tu pensamiento, como yo no te aparto del mío; y cuando caminemos, como que no me has dicho nada, puedes tratar con mis her-

manos el casamiento: y de no querer mi padre, ni mis hermanos que me case contigo, que no me persuado á que den tan mal pago á una obligacion tan grande como te tenemos, y mas siendo tan principal caballero, que nosotros ganamos en que tú me quieras por esposa, yo quiero, si tú me quieres; tuya soy, pues me libraste de poder de los cristianos, que es cierto que habia de ser su cautiva. Pues tanto mas me ha valido el trueque, dichosa suerte ha sido la mia, aunque he perdido dos hermanos, en haber venido por aqui, resultándome tanto bien de querer ser tú mi esposo; y en señal de que seré tuya, para que estés confiado en mi palabra, toma esta sortija del dedo del corazon; y ponla en el tuyo, pues el mio tienes en él. Y diciendo esto sacó una sortija de oro, con una esmeralda trasparente y fina; y se la dió á Reduan, el cual la tomó con mucha alegría; y besándola mil veces la puso en su dedo, quedando el mas contento y favorecido amante del mundo. Quisiera el enamorado moro dar respuesta á su querida mora; pero no hubo lugar, porque llegaron sus dos hermanos, bañados los rostros en lágrimas por el dolor de sus dos caros hermanos, a quien venian de enterrar y traían sus caballos del diestro. La hermosísima Haja no pudo dejar de llorar los ya difuntos hermanos. Reduan los consolaba lo que podia, diciéndoles palabras muy eficaces para ello; y con estas y otras pláticas entraron en Granada. Era ya de noche; y dijeron los hermanos á Reduan, que les diese

licencia para ir á posar en casa de un deudo suyo, que era de los Almadenes, y vivia en la calle de Elvira. Reduan les dijo, que hiciesen su gusto, y los acompañó hasta la posada; y despidiéndose de ellos se volvió á su casa. Mas al tiempo de despedirse no apartaba la vista, de sus ojos el uno del otro amante, de tal manera que apartándose se consideraba sin alma Reduan, por quedársele con su señora; y Haja asimismo, por llevársela Reduan. Los caballeros y la dama fueron bien recibidos de su tio, quien recibió mucha pena por la muerte de sus dos sobrinos. A otro dia por la mañana se vistió Reduan, y fue al real palacio por besar las manos al rey, el cual en aquella hora se acababa de levantar y vestir para ir á la Mezquita mayor, á ver el zalá que se hacia por un moro de su secta llamado Gidemahojo; y viendo á Reduan vestido de marlota y capellar verde, y plumas verdes, alegróse grandemente con su vista, porque habia muchos dias que no le habia visto; y le preguntó dónde habia estado, y cómo le habia ido en la escaramuza con Gazul. Reduan le satisfizo, diciendo que Gazul era buen caballero, y que Muza los habia hecho amigos. Con esto el rey y los demas caballeros que le salian á acompañar, que por la mayor parte eran Zegries y Gomeles, se fueron á la mezquita, y con muy grande aplauso se hizo el zalá y alcoranas ceremonias, y se volvieron al Alhambra; y en entrando en su palacio real hallaron á la reina y sus damas en la sala, porque era costumbre del rey Chico; y asi lo tenia mandado, que en cualquier

tiempo que saliese, á la vuelta habia de estar la reina y sus damas en la sala por solo su gusto, y porque se holgaba de verlas; y mas á Zelima, que la amaba en supremo grado, por lo cual él y el capitán Muza tuvieron muchas diferencias, como adelante se dirá. Entraron en palacio con todos los caballeros de su corte, y todas las damas pusieron la vista en la bizarría de Reduan, espantadas de la mudanza de librea. Lindaraja le miraba de propósito, y admirada de que no la miraba, dijo entre sí: «Disimula Reduan su pasión: bien hace, que no ofenderé á mi Gazul.» La reina dijo á Lindaraja: «Todavía tiene esperanza Reduan de gozarte.» Respondió Lindaraja: «Bien puede desistir de ese pensamiento, porque estoy muy fuera de él.» Dijo la reina: «Pues en verdad que tiene buen talle, y es galán y discreto Reduan, y que cualquiera dama se puede tener por dichosa en ser suya.» — «Así es, señora, Reduan merece mucho, y de no haber puesto mi afición en Gazul, es sin duda que ninguno sino él fuera señor de mí.» Con esto callaron, porque no advirtiesen las otras damas en lo que hablaban. A esta sazón le dijo el rey á Reduan: «Bien te acordarás que me diste palabra de ganar á Jaen en una noche: si lo cumples, como me lo prometiste, te daré doblado el sueldo de capitán; y si no lo cumplieres, me has de servir en una frontera, privado de la vista de tu dama. Por tanto apéñete á la empresa, que yo iré en persona á la conquista, que estoy muy sentido de estos cristianos de Jaen, porque cada día nos corren la

tierra, y talan la vega; y pues ellos me vienen á buscar tantas veces; será bien que vaya yo á buscarles una, y que de esta se concluya con todos.» Reduan le respondió con rostro alegre, diciendo: «Si algun tiempo di palabra de darte á Jaen ganada en una noche; de nuevo lo confirmo, con que me des mil soldados de los que yo señalare, que yo os cumpliré lo dicho.» El rey dijo: «No digo mil soldados, sino cinco mil te daré, y aunque yo vaya, tú has de ser capitán de todos.» — «Estimo mucho la honra que me haceis, dijo Reduan, y yo me holgaría de acertar á servirte como deseo. Tu Magestad señale la gente y día que hemos de partir, que desde luego estoy dispuesto y obediente á tu gusto.» — «No espero menos de tí, y no perderás el servicio que me hicieris: los caballeros que irán contigo serán Abencerrages, Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Maliques y Alabeces, que bien sabes el valor de todos, y sin éstos irán los demás caballeros é hidalgos, pues yo voy á la jornada.» Diciendo esto entró un portero, y dijo al rey que pedían licencia una dama y dos moros forasteros para besarle las manos. El rey dijo que entrasen. Luego entraron por la sala dos caballeros de buena gracia, marlotas y capellares, borceguies y zapatos negros; en medio de ambos venia una dama vestida de negro, tapado el rostro con un cabo del almaizar que no descubria mas que dos luceros; y bien se echaba de ver por la hermosura de ellos, que debia de ser perfecto en todo. Maravillado el rey de sus funestos trages, les dijo: «¿Qué es

lo que quereis?» Haciendo gran reverencia al rey y á la reina, y á las damas que allí estaban, propuso el moro lo siguiente: «Nuestro principal intento ha sido venir á besar tus reales manos y las de mi señora la reina, y á que conozcas estos tus siervos. Nosotros tres somos nietos de Almadan, alcaide que fue de Ronda, y ahora lo es nuestro padre; y como tuvimos noticias de las fiestas que en esta ciudad se hacian, por celebrar los casamientos que tu Magestad ha hecho en ella, acordamos de venir á verlas. La fortuna no quiso que las gozásemos, y fue la causa que el dia de las fiestas, en un lugar de grandes espesuras que se dice el Soto de Roma, de improviso nos asaltaron cuatro caballeros cristianos, muy valerosos, y tanto, que aunque nosotros nos defendimos por amparar esta doncella, que es hermana nuestra, pudieron tanto, que de cuatro hermanos que éramos, nos mataron los dos, y nosotros con temor de la muerte huimos, y si no fuera por el valor de este caballero que está junto á vuestra Magestad, todos nos perdiéramos: y diciendo esto, señaló con el dedo al fuerte Reduan, que venció con su valentia él solo á tres cristianos, y el otro huyó. Venimos á darle las gracias al vencedor caballero que estaba consolando á nuestra afligida hermana, y dió licencia á los vencidos cristianos para que fuesen libres, sin quitarles ningun despojo; benignidad de noble caballero nunca vista, que con quedar herido no quiso vengarse. Os certifico, señor, que si todos los caballeros de vuestra corte son co-

mo Reduan, podeis conquistar el mundo, porque vimos que de tres botes de lanza derribó tres cristianos mal heridos, y el otro huyó. Acorramos de venir á besar las manos de vuestra Magstad, y á pedir licencia para ir á contar á nuestros padres esta desdicha.» Con esto no dijo mas el moro, mostrando mucha tristeza, y la misma mostró el otro hermano y la doncella. Mucha admiracion causó al rey la tragedia, y la ventura de ir Reduan por aquel sitio para remediar la dama; y volviéndose á Reduan le dijo: «Grande era el amor que te tenia, y con esta hazaña le has acrisolado mas, y desde hoy te encargo la alcáidía del castillo de Tijola, que está junto á Pulchena.» Todos los caballeros tuvieron á héroico hecho el que hizo Reduan, y le alababan mucho; lo cual lastimaba á Lindaraja, que estaba casi arrepentida por haber despreciado á Reduan. El rey les dijo á los dos hermanos: «Pues es vuestra voluntad de iros, id en buen hora, que licencia teneis; pero antes que os vais querria ver el rostro de esa dama por mi gusto y de la reina; decidle se quite el rebozo, porque no será bien que dejemos de gozar de su vista, que yo bien entiendo que es peregrina á lo que se infiere por los hermosos ojos que tiene. Los hermanos la dijeron que se descubriese; ella lo hizo así, y quitándose un preñero del almaizar, descubrió su rostro, que no menos que el de Diana era. Así pareció á todos los de la sala real, como el sol que por la mañana sale esparciendo sus ardiertes rayos: esto mismo hacia la hermosa Haja, pues

los de su hermosura reverberaban en quien la miraba, y quedaban todos deslumbrados, matando con su vista á los caballeros de amor, y á las damas de envidia. A todos admiró la hermosura de la bizarra Haja, y deseaban su amistad por gozar de su hermosura. La reina que asimismo estaba espantada de la beldad de Haja, le dijo al rey: «Sírvasé vuestra Alteza de que goze yo de esta dama.» — «Vaya en buen hora, dijo el rey, que bien sé que ha de haber mas de cuatro damas envidiosas de las que hoy os sirven.» Llamaron á Haja, y haciendo mesura al rey y á los caballeros, pasó á besar la mano á la reina, y de rodillas en el suelo se la pidió. No quiso la reina dársela, antes la levantó, y la hizo sentar junto á sí. A todas las damas causó admiracion la perfeccion con que en todo dotó naturaleza á Haja; pues aunque estaban allí Daraja, Sarracina; Galiana, Fátima, Celima, Cobaida y otras muchas damas de escelente hermosura, ninguna como la de la hermosa Haja. Reduan que no apartaba los ojos de su adorada Haja, estaba muy receloso, y con gran temor no se le trocase, y le quebrase la palabra dada. La mora miraba de cuando en cuando á su amante Reduan, y si con lanza y adarga le habia parecido bien, mucho mejor le parecía vestido con el traje de corte, y mas tan galan como estaba; y estendiendo los ojos por todos los caballeros presentes, ninguno la pareció llegar á poder competir con su querido Reduan. Mostrábasele grave, alegre y risueña, que no fue poco contento para el moro. El rey dijo á Rê-

duan: «Mucho me holgara de ver la escaramuza que tuvisteis con Gazul; porque sería de ver, siendo ambos tan valientes.» — «Yo soy testigo de ella, dijo Muza, porque no pudiéndolos persuadir á que no peleasen, estuve mirando la cruel y sangrienta escaramuza que entre un leon y una onza no podia ser mas violenta; y movido á compasion de que ambos no muriesen, porque no reconocí ventaja en ninguno, me puse en medio, y cesó la escaramuza, quedando los dos con igual victoria.» — «¿Qué les movió al desafio, dijo el rey?» — «Son cientos largos, contestó Muza; no hay para qué refrescar en la memoria cosas viejas, sino decir que está en la sala la causa de su enojo.» — «Ya entiendo lo que puede ser, dijo el rey: bien sé yo que Reduan no volverá á hacer escaramuza con Gazul sobre lo pasado en ninguna manera.» — «Vuestra Magestad, está en lo cierto, dijo Reduan, porque estoy ya olvidado de todo aquello; pero á la sazón perdiera mil vidas por ella, si las tuviera, lo que ahora no me pusiera á perder una.» — «Debe de haber algo nuevo, que no es posible menos, dijo el rey.» Diciendo esto, los dos caballeros, hermanos de Haja, se habian sentado junto á Mahandin Hamete, principal caballero y rico, del linage de los Zegries, el cual habiendo visto la hermosura de Haja estaba tan amartelado, que no apartaba los ojos de ella: afligiale tanto la causa amorosa, que no pudiéndola resistir, les dió parte á sus hermanos, diciéndoles: «Señores caballeros, ¿conoceisme?» — «No, señor; sino para serviros, respondieron

ellos, que como forasteros no conocemos particularmente á los caballeros granadinos; pero estando en compañía de tan alto rey y en su real palacio, bien inferimos que debéis de ser de estirpe clara.»—Pues sabed, caballeros, que soy Zegrí, descendiente de los reyes de Córdoba, y en Granada valgo yo tanto, que se hace larga mencion de mí y de los de mi linage, y querria, si lo tuviéseis por bien, emparentáseis conmigo, dándome por muger á vuestra hermana Haja, que me ha parecido tan bien, que me holgara ser vuestro cuñado y pariente; y á ley de moro hidalgo, que pudiera estar casado con una dama que era de lo mas principal de Granada; mas no me he querido casar hasta ahora que he visto á vuestra hermana, de la cual estoy muy pagado.» Con esto cesó el Zegrí, aguardando su bien ó su mal. Los hermanos de Haja comunicaron entre ambos si convenia ó no aquel casamiento, y al fin considerando el valor de los Zegríes, cuya fama era tan notoria, le dieron el sí, confiados en que su padre tendria por bien lo que ambos hiciesen. El Zegrí muy alegre con el sí de los hermanos, se levantó, é hincándose de rodillas habló de esta suerte: «Alto y poderoso rey, suplico á vuestra real magestad, que ya que se celebran casamientos, y por ellos hay fiestas, que se haga el mio para que goce de ellas, porque sabrá vuestra magestad que vencido de los amores de la hermosa Haja, la pedí en casamiento á sus dos hermanos, los cuales sabiendo quién soy, lo han tenido por bien, y me la han prometido por

muger; por lo que suplico á vuestra magestad sea servido de que nos desposen conforme á nuestros ritos, pues se ha ofrecido esta ocasion en tan buen tiempo.» El rey mirando á la dama y á sus dos hermanos, admirado de tan repentino acuerdo dijo: «Que si era gusto de ellos, y la dama queria, que él era contento.» Todos se admiraron del caso, y callaron hasta ver en qué paraba; pero Reduan ardiendo en enojo é ira, se levantó en pie y dijo: «Señor, á este casamiento que pide el Zegrí no hay lugar, porque es mi esposa desde que la libré de los cristianos, y entre los dos nos hemos dado palabra de esposos, y hay tambien prendas que son confirmacion de esto que digo: nadie como la dama puede decir lo que pasa; y no pretenda agraviarme ninguno, porque me lo pagará.» El Zegrí respondió alborotado que Haja no se podia casar sin licencia de su padre ó hermanos, y que era suya, y la defenderia hasta la muerte. Reduan que oyó la arrogancia del Zegrí, arremetió á él para herirle con muy encendida rabia. Los Zegríes acudieron á favorecer á su pariente, y los de Reduan, Muza y los Abencerrages fueron á socorrerle. El rey, viendo el escándalo que se empezaba, mandó pena de muerte á quien mas hablase en el caso, que él determinaria lo que habia de ser. Con esto se aquietaron aguardando su determinacion; y visto que ya estaban sosegados fue al estrado de la reina, y tomó de la mano á Haja, y puesto en medio de la sala la dijo que escogiese á Reduan ó el Zegrí, ó aquel que mas gus-

to le diese. La dama viendo que no podía dejar de obedecer el precepto de su rey, se puso confusa á considerar la palabra que habian dado sus hermanos al Zegrí, y por otra parte consideraba el mucho amor que tenia á su Reduan y él á ella, y el haberla librado del cautiverio, y los coloquios amorosos que entre los dos habian pasado, y á la fé y palabra que habia dado de ser su esposa. Considerándolo todo muy bien, se fue con el rey de la mano adonde estaban los caballeros juntos, y llegados, haciendo una reverencia al rey, le dió la mano á Reduan diciendo: «Señor, este quiero por esposo.» El Zegrí quedó avergonzado de que él fuese el desechado; y no pudiendo sufrir el dolor se salió de palacio con intento de vengarse de Reduan, del cual se celebraron aquel dia las bodas, y al siguiente hubo fiestas y zambra; y estando ocupados en estas fiestas, trajeron nuevas como mucha compañía de cristianos corrian y talaban la Vega, y asi fue necesario dejar las fiestas por salir á ella para pelear con los cristianos. El valeroso Muza, como capitan general, salió luego al campo acompañado de mil de á caballo y dos mil peones; y en topando el escuadron de los cristianos trabaron muy sangrienta escaramuza, en la cual murieron muchos de ambas partes; mas siendo el poder de los moros mayor, por haber tres veces mas gente que de los cristianos, quedaron vencedores, y ganaron dos banderas cristianas, y cautivaron muchos cristianos; aunque les costó cara esta victoria, porque murie-

ron mas de seiscientos moros. En este dia hicieron los caballeros Abencerrages y Alabeces grandes cosas en armas, y si no fuera por su valor no se venciera la escaramuza. Volvió Muza victorioso á Granada, con lo cual se holgó el rey. Tambien se señaló en este dia Reduan, á quien el rey abrazó con muy grande amor, y por la victoria tornaron á hacer fiestas otros ocho dias, y por los casamientos; las cuales pasadas determinó el rey salir á correr la tierra de los cristianos, porque lo deseaba, en particular á Jaen que era quien mas daño le hacia; y dándole el cargo de capitán general al valiente Reduan, como está tratado y atrás habemos dicho, se partió de la ciudad de Granada.

GOI CAPITULO XIV, RA

en que se dá cuenta de lo que sucedió al rey Chico y á su gente yendo á entrar en Jaen, y la gran traicion que los Zegries y Gomeles levantaron á la reina mora, y á los caballeros Abencerrages, y muerte de ellos.

El último y postrero dia de las fiestas el rey comió con todos los principales caballeros de su corte, y alzando las mesas habló á todos de aquesta manera: «Bien sé, leales vasallos y amigos míos, que ya os será odiosa la vida pasada en tantas fiestas como habemos tenido, y que á veces os llama el fiero Marte, en lo que os habeis ocupado siempre. Ahora, pues, que Mahoma nos

ha dejado ver las fiestas que le han hecho en nuestra insigne ciudad, y los casamientos que se han efectuado en ella, será justo que volvamos á la milicia contra los cristianos, pues que ellos nos vienen á buscar hasta nuestros muros; y para esto ya sabeis, mis buenos amigos, que los dias pasados traje á la memoria á Reduan una palabra que me dió de ganarme á Jaen en una noche, y ahora lo confirmó de nuevo. Pidióme mil soldados, pero yo quiero que sean cinco mil, y que me la cumpla; y para esto doy á mi hermano Muza cargo de juntar la gente del número que he dicho, que son dos mil hombres de á caballo y tres mil peones, y que sean todos espertos en armas, y que Reduan vaya por general, y demos vista á Jaen, de quien tan grandes daños hemos recibido y cada dia recibimos; y si ganásemos la ciudad de Jaen, no estan seguras Ubeda, Baeza ni su redondez; y para esto quiero que me digais vuestro parecer.» Con esto cesó el rey, aguardando respuesta de sus varones. Reduan se levantó y dijo, que él cumpliria su palabra. Muza dijo que él daria en tres dias puesta su gente en la Vega. Todos los demas caballeros que allí estaban dijeron que hasta la muerte le servirian con sus personas y hacienda. El rey agradeció mucho á todos su ofrecimiento. Los hermanos de Haja, con licencia de su rey, se fueron á Ronda, donde fueron muy bien recibidos de sus padres, contentos con el casamiento de su hija con Reduan, y por otra parte con mucho pesar y tristeza por la muerte de sus dos

hijos. En este tiempo mandó el rey á Zulema Abencerrage que fuese á ser alcaide de la fuerza de Moelin, el cual se fue luego con su esposa y querida Daraja. El padre de Galiana se volvió á la ciudad de Almería, dejando á la hermosa Celina en compañía de su hermana Galiana. Otros muchos caballeros se fueron á sus alcaldías por mandado del rey, encargándoseles la guarda y custodia de ellas. Muza levantó cinco mil hombres de á pie y de á caballo, toda gente muy belicosa, y en cuatro dias los puso en la Vega; el rey mandó á Muza que se hiciese reseña de la gente dentro de la ciudad, y asi se hizo. Y visto por el rey la braveza y bizarría de la gente que habia levantado Muza en tan breve tiempo, sin aguardar mas quiso luego partirse, dando á Reduan el cargo de capitan general de su ejército; de lo cual se alegró Muza por la satisfaccion que de Reduan tenia, é hizo cuenta que él iba por capitan en el ejército; y asi salieron por la puerta Elvira con mucho concierto. La gente de á caballo iba partida en cuatro partes con mucho orden, y cada una tenia su estandarte diferente. La una parte tenia Muza, y en su compañía iban ciento y cincuenta caballeros Abencerrages, y otros tantos Alabeces y Venegas; todos caballeros de mucho esfuerzo. Su estandarte era de damasco rojo y blanco, por divisa un salvage en campo rojo, que desquijaraba un leon, y en el campo blanco otro salvage que con un baston deshacia un mundo, y por letra; *Todo es poco*. Este bando de caballeros iba bien alistado de ar-

mas y caballos, y todos vestian marlotas de es-
 carlata y grana. La segunda cuadrilla era de Ze-
 gríes, Gomeles y Mazas: esta iba de batalla, no
 menos rica y pujante que la de Muza, la cual
 llevaba vanguardia. El estandarte de los Zegríes
 era de damasco verde y morado, y tenia por di-
 visa una media luna de plata con esta letra: *Muy
 presto se verá llena, sin que el sol pueda eclipsar-
 arla*. Era esta cuadrilla de doscientos y ochenta
 caballeros, todos gallardos y bizarros, con al-
 jubas y marlotas de paño tunecí, la mitad verde,
 y la otra mitad de grana. La tercera cuadrilla lle-
 vaban los Aldoradines, caballeros muy principa-
 les; con estos iban Gazules y Azarques; su es-
 tandarte leonado y amarillo. Llevaban por divisa
 un dragon en campo verde, que con las uñas des-
 pedazaba una corona de oro, con una letra que
 decia: *Jamás hubo resistencia*. Esta cuadrilla iba
 muy gallarda, y aprestada de armas y caballos;
 serian todos ciento y cuarenta. La cuarta quadri-
 lla era de Almoradis, Marines y Almohades, ca-
 balleros estimados: estos llevaban el real pendon
 de Granada, que era de damasco pajizo y encar-
 nado, con muchas bordaduras de oro por un la-
 do abiertas, y por la abertura parecian los gra-
 nos rojos, que eran hechos de finos rubíes; del
 pezon de la granada salian dos ramos bordados
 de seda verde, con sus hojas, y una letra al pie
 que decia: *Con la corona nació*. En esta cuadrilla
 iba el rey Chico con mucha compañía de caba-
 lleros. Eran muy de ver las galas, riquezas, pe-
 nachos, adargas, lanzas, caballos, yeguas y pen-

doncillos de colores en las lanzas. Pues si la caballería salió tan bizarra y vistosa, no menos gallarda y briosa salió la infantería, y muy bien armada, todos con arcos y ballestas. Con esta pujanza salió el rey Chico de Granada, y tomó la via de Jaen, mirándole todas las damas de Granada, y mas la reina su madre, y su muger la reina con todas las damas que estaban en su compañía, desde las Torres de Alhambra. Por esta jornada que hizo el rey Chico á Jaén se compuso aquel antiguo romance, que dice como se sigue:

«Reduan, bien te acuerdas,
que me diste la palabra,
que me darías á Jaen
en una noche ganada.

Reduan, si tú lo cumples,
daréte paga doblada,
y si tú no lo cumplieres,
desterrarte he de Granada:

Echarte he en una frontera,
donde no goces tu dama.»

Reduan le respondiera
sin demudarse la cara:

«Si lo dije, no me acuerdo,
mas cumpliré mi palabra.»

Reduan pide mil hombres,
el rey cinco mil le daba.

Por esa puerta de Elvira
sale muy gran cabalgada:
cuánto del hidalgo moro,
cuánto de la yegua baya.

Cuánta de la lanza en puño,

cuánta de la adarga blanca,
 cuánta de marlota verde,
 cuánta aljuba de escarlata,

Cuánta pluma y gentileza,
 cuánto capellar de grana,
 cuánto bayo borceguí,
 cuánto raso que se esmalta,

Cuánto de espuela de oro,
 cuánta estribera de plata!

Toda es gente valerosa,
 y esperta para batalla.

En medio de todos ellos
 va el rey Chico de Granada,
 mirando las damas moras
 de las torres del Alhambra.

La reina mora su madre
 de esta manera le habla:

«Alá te guarde, mi hijo,
 Mahoma vaya en tu guarda,

Y te vuelva de Jaen
 libre, sano y con ventaja,
 y te dé paz con tu tío,
 señor de Guadix y Baza.»

No fue tan secreta esta salida de Granada, que en Jaen no tuviesen aviso de ella por las espías que tenia en aquella ciudad. Otros decian, que fueron avisados por unos cautivos cristianos que se huyeron de Granada. Otros dicen, que la dieron los Abencerrages ó Alabeces, y esto entiendo que es lo mas cierto, porque estos caballeros eran muy amigos de los cristianos. Sea como fuere, los de Jaen fueron avisados de la entrada de los

moros en su tierra, y así ellos dieron aviso á Baeza, Ubeda, Cazorla y Quesada, y á los pueblos circunvecinos, los cuales se alistaron y apercebieron para resistir á los enemigos de Granada. Estos llegaron á la puerta de Arenas, donde hallaron gran número de gente que defendia la entrada al enemigo; pero poco aprovechó la defensa, porque habiendo corrido los moros todo el campo de Arenas, entraron por su puerta á pesar de los que la guardaban, y corrieron todo el campo de la Guardia y Pegalajara, hasta Jordan y Belmar. Los caballeros de Jaen salieron á los enemigos, porque fueron avisados que en la Puerta andaba el rebato. Salieron de Jaen cuatrocientos hijosdalgo bien armados; de Ubeda y Baeza otros tantos, y hechos todos un cuerpo de batalla, fueron en busca del enemigo que les corria la tierra, llevando por caudillo y capitán al obispo D. Gonzalo, varon de gran valor. Juntáronse los dos campos de la otra parte del Rio frio, y aqui se acométieron; haciendo una brava escaramuza: mas era el valor de los cristianos tal y tan bueno, que les convino á los moros retirarse hasta la puerta de Arenas, de la cual habian roto una cadena que la atravesaba; y aqui fueran los moros vencidos, si no fuera por el valor de los caballeros Abencerrages y Alabeces, que pelearon valerosamente; mas al fin hubo de quedar por los cristianos el campo. Con todo eso los moros llevaron gran presa de ganados, así vacunos, como cabrios, de modo que no se señaló de ninguna parte haber demasiada ventaja.

El rey quedó admirado de ver la repentina prevención de los cristianos; y preguntando á unos cautivos que allí traian, cuál habia sido la causa de haber juntado tanta gente en Jaen, le respondieron que habian sido avisados dias habia, y asi estaba toda la tierra en arma; lo que fue bastante disculpa para Reduan sobre no cumplir la palabra dada al rey, que procuró inquirir y saber quién habia dado el aviso. Reduan muy bien sabia que Jaen no se podia ganar tan facilmente; mas como era belicoso, tenia determinado de llegar á la ciudad y embestirla; y si no hubiera la poderosa resistencia que les hicieron, sin duda que la acometieran. El rey y su ejército se volvieron á Granada, donde fueron recibidos con grande alegría y gozo, y se hizo en toda la ciudad mucha fiesta por el buen suceso. Los de Jaen quedaron con grande triunfo por haber resistido á tanta morisma, y muerto á muchos de ellos. El rey Chico venia fatigado del camino, y para aliviarse, ordenó de irse á una casa de placer, llamada los Alijares, y con él fueron los Zegríes y Gomeles: ningun caballero Abencerrage ni Gazul fueron con él, porque Muza los habia llevado á un rebato causado de los cristianos que habian entrado en la Vega. Estando un dia el rey en los Alijares holgándose, y habiendo acabado de comer, comenzó á hablar de la jornada de Jaen y de los Abencerrages; y cómo por ellos y por los Alabeces habian ganado grandes despojos. Un caballero Zegrí, que era el que tenia el cargo de armar traicion á la reina y á los Aben-

cerrages, dijo al Rey: «Si buenos son, señor, los caballeros Ahencerrages, mejores son los caballeros de Jaen, pues nos quitaron gran parte de la presa, y nos hicieron retirar por fuerza de armas.» Y era mucha verdad, que el esfuerzo y valor de la gente de Jaen fue muy grande, y aquel dia quedó con nombre perpétuo, y fama para siempre; y en memoria de esta escaramuza se hizo el siguiente

ROMANCE.

Muy revuelto anda Jaen,
 rebato tocan apriesa,
 porque moros de Granada
 les van corriendo la tierra.
 Cuatrocientos hijodalgo
 se salen á la pelea;
 otros tantos han salido
 de Ubeda y de Baeza.
 De Cazorla, y de Quesada,
 tambien salen dos banderas;
 todos son hidalgos de honra,
 y enamorados de veras.
 Todos van juramentados
 de manos de sus doncellas,
 de no volver á Jaen
 sin dar moro por empresa;
 Y el que linda dama tiene,
 quatro le promete en cuenta.
 A la Guardia han llegado,
 adonde el rebato suena,

Y junto del Rio frio
 gran batalla se comienza;
 mas los moros eran muchos,
 y hacen grande resistencia,

Porque los Abencerrages
 llevaban la delantera;
 con ellos los Alabeces,
 gente muy brava y fiera.

Mas los valientes cristianos
 furiosamente pelean,
 de modo que ya los moros
 de la batalla se alejan;

Mas llevaron cabalgada,
 que vale mucha moneda.

Con gloria quedó Jaen
 de la pasada pelea.

Aqueste romance se compuso en memoria de
 esta escaramuza, aunque otros la contaron de
 otra suerte: de la una ó de la otra, la historia
 es la que se ha contado. El otro romance dice
 así:

Ya repican en Andujar,
 en la Guardia dan rebato;
 ya se salen de Jaen
 cuatrocientos hijosdalgo:

Y de Ubeda y Baeza
 se salian otros tantos;
 todos son mancebos de honra,
 y los mas enamorados.

De manos de sus amigas
 todos van juramentados
 de no volver á Jaen

sin dar moro en aguilando;
y el que linda amiga tiene,
la promete tres, ó cuatro.

Por capitán solo llevan
al obispo D. Gonzalo.

D. Pedro de Carvajal
de aquesta manera ha hablado.

« Adelante, caballeros,
que me llevan el ganado;
si de algún villano fuera,
ya le hubiérades quitado.

Alguno va entre nosotros
que se huelga de mi daño;
yo lo digo por aquel,
que lleva el roquete blanco.»

De esta suerte va este romance diciendo; pero este y el pasado contienen una cosa en sustancia; y aunque son viejos, es bien traerlos á la memoria, para que quien ignora el fundamento de la historia lo sepa. Sucedió esta escaramuza en tiempo del rey Chico de Granada, el año de mil cuatrocientos noventa y uno. Volvamos al rey Chico de Granada, que estaba holgándose y descansando en los Alijares, como atrás queda ya dicho, cuando le dijo el caballero Zegrí, que los Caballeros de Jaen eran de mas valor que los Abencerrages, pues á su pesar los habian hecho retirar. A lo cual respondió el rey: «Bien estoy con eso; pero si no fuera por el valor y resistencia de los valientes Abencerrages y Alabazes, no tengo duda, sino que fuéramos desbaratados; mas ellos pelearon de tal suerte, que salimos á

nuestro salvo, sin que nos quitasen la cabalgada del ganado que tragimos y de algunos cautivos. «— O cuán ciego está vuestra magestad, dijo el Zegrí, y cómo vuelve por los que son traidores á la real corona; y es causa la mucha bondad y confianza que vuestra magestad tiene de este linage de los Abencerrages, sin saber la traicion en que andan. Muchos caballeros hay que la han querido decir, y no se atreven ni han osado respecto del buen crédito y posesion en que vuestra magestad tiene á este linage; mas aunque no quiera yo lastimar vuestro real pecho con tan afrentosa infamia, no puedo dejar de hacer lo que debo á leal vasallo, y dar aviso de la traicion y alevosia que se comete contra mi rey y señor; y así digo, que no se fie vuestra magestad de ningun Abencerrage, si no quiere verse desposeido del reino, y muerto violentamente.»—El rey dijo; «Dí, amigo, lo que sabes; no me tengas confuso, ni me lo celes ni encubras, que tu lealtad será bien pagada.»—«No dejaré de obedecer á vuestra magestad, y para que se entienda la publicidad que hay en el delito, y cuán á rienda suelta se van en él, y qué poco temor tienen los Abencerrages de vuestra real persona, y cuán seguros y de asiento, por el buen predicamento en que los teneis, se están en su traicion con la demasiada confianza que tienen de las mercedes que cada dia se les hacen, y que en la tierra no ha de haber justicia contra ellos; así mismo para que se entienda que odio, rencor ni envidia, no me mueve á revelar á vuestra magestad lo que ignora

para que lo remedie, sino que soy compelido de obligacion y celo de la honra de mi rey, haga vuestra magestad llamar á Mahandin Gomel, y á mis sobrinos Mahomad y Alhamut; que saben bien la verdad de todo, y otros cuatrò primos de Mahomad Gomel, del mismo linage, que ellos presentes contaré el caso.» El rey los mandó llamar, y venidos hizo que saliesen de la sala real todos los caballeros, salvo el acusador y los testigos falsos. Y estando todos juntos, empezó el Zegrí, mostrando en lo exterior gran pena, á decir estas palabras: «Sabrá vuestra magestad, que todos los Abencerrages están conjurados contra vos para quitaros vuestro reino y la vida; y este atrevimiento ha salido de ellos, porque trata lascivos y adúlteros amores con... ¡ó cielos; quién dirá esto, que el dolor no le acabe!, mi señora la reina el Abencerrage Albin Hamete, que es el mas poderoso y rico de todos los caballeros de Granada. ¿Qué quiere vuestra magestad que diga, sino que gastan sus haciendas con todos, por tenerlos propicios para su intento? Y asi generalmente el caballero, el pechero, el rico, el pobre, quieren bien á este linage, porque los tienen embaucados. Bien se acordará vuestra magestad cuando en Generalife se hacia una zambra, que entró el maestre á pedir desafio, y salió Muza en la suerte; pues aquel dia paseándonos por la huerta, yo y este caballero Gomel vimos en una calle de arrayanes, debajo de un rósal, en deshonestos deleites á la reina y al adúltero de Albin Hamete; y estaban tan embe-

becidos en sus actos libidinosos, que no nos sintieron con estar tan cerca. Yo se lo enseñé á Mahandin Gomel, y admirados del atrevimiento nos apartamos un poco para ver el fin; y á poco espacio salió la reina, y se fue hácia la fuente de los Laureles, y de allí adonde estaban sus damas. Pasado gran rato vimos salir al alevoso de Albin Hamete cogiendo rosas blancas y rojas, y de ellas hizo una guirnalda, y se la puso en la cabeza: nosotros nos llegamos con disimulacion á él, y le preguntamos en qué se entretenia; á lo cual nos dijo: En ver esta deleitosa huerta, que tiene en qué se esparza la vista; y diónos dos rosas á cada uno, y nos venimos todos paseando hasta donde estaba vuestra magestad con los caballeros. Quisimos avisar entonces, y no osamos, por no alborotar la corte en caso de tanto peso. Esto pasa, no debo mas á ley de caballero de decir lo que he visto, y sabido: lo que siento es, que estoy con pena y recelo, no se vea privar de la vida alevosamente á vuestra magestad. ¿Es posible que no se acuerda de aquel blason que en el espolon de la galera traía el bando Abencerrage en el dia del juego de sortija? Era un mundo hecho de cristal, y por letrero: *Todo es poco*; de suerte que todo el mundo es poco para ellos; y en el alfange de la popa un salvage desquijarando un leon: este sois, señor, y ellos quienes os quitarán la vida. Mirad por vuestra persona: muestra el adúltero aleve, y con ellos la deshonesta reina; pues asi ha afrentado vuestra real corona. Sintió tanta pena en oír lo que el falso, aleve y

traidor del Zegrí le decia, que creyéndole, se cayó amortecido en tierra por muy gran espacio de tiempo; y volviendo en sí, dió un doloroso suspiro diciendo: ¡O Mahoma, ¿en qué te ofendí? ¿Este es el pago que me das por los bienes y servicios que te he hecho; por los sacrificios que te tengo ofrecidos; por las mezquitas que te tengo hechas; por la copia de incienso que he quemado en tus altares? ¡O traidor, cómo me has engañado! No mas traidores, vive Alá, que han de morir los Abencerrages, y la adúltera reina ha de morir en el fuego. Vamos á la ciudad, préndase luego á la reina, que yo haré tal castigo, que sea sabido por todo el mundo.» Uno de los traidores, que era Gomel, dijo: «No será acertado prender á la reina, mi señora, porque se pone vuestra real persona en contingencias de perder la vida y alborotar la ciudad, y que tome las armas Albin Hamete con todos los de su linage y bando, so color de defender á la reina; y esto les servirá de instrumento para conseguir el efecto de su intencion, mas siendo parciales de los Abencerrages los Alabeces, Venegas y Gazules, que son toda la flor Granada. Pero lo que se puede hacer para ser vengado, sin alborotar la ciudad, es mandar que vengan á palacio uno á uno, y tener allí veinte caballeros de confianza que los vayan degollando; y siendo así hecho uno á uno, cuando el caso se venga á entender; ya no quedará ninguno de todos ellos; y cuando se venga á saber por todos sus amigos, y ellos quisieren hacer algo contra vuestra ma-

gestad, escarmentarán en cabeza agena, siendo en vuestro favor los Zegríes Gomeles y Mazas, que no son tan pocos, ni valen tan poco, que no os saquen á paz y á salvo de todo peligro; y esto hecho, mandar prender á la reina, acusándola de adúltera, y poner en tela de juicio el caso, siendo cuatro caballeros los acusadores de vuestra parte, y que la reina señale otros cuatro caballeros que la defiendan; y si estos por su buena suerte vencieren á los acusadores, que se libre la reina; y si los defensores de la reina fueren vencidos, que muera la reina conforme á la ley; y de esta forma todos los del linage de la reina, que son los Almoradis, y Almohades y Marines, no se alterarán, viendo que va por via de justicia, y sin alterar. Esto es lo que siento para que sea vuestra magestad vengado, y no se altere la ciudad.»—«Buen consejo es, dijo el rey, y de tan leales caballeros. Y decid, ¿quién serán los cuatro caballeros que pongan la acusación, y la sustenten en batalla contra los defensores que pusiere la reina?»—«No cuide de eso vuestra magestad, dijo el Zegrí, que yo seré el uno, y mi primo Mahandón el otro, y Mahandin el tercero, y su hermano Abenhamete el cuarto.»—«Pues vámonos á la ciudad, dijo el rey, y se dará la orden que pide mi venganza.» ¡O desdichada ciudad, y qué revuelta y cisma se te ordena por dar crédito el mal aconsejado rey á las sirenas que le cantaban al oído! Con esto se partieron á Granada, y en entrando en el Alhambra se fueron al palacio real, adonde la reina

con sus damas le salieron á recibir; pero el rey no miró hácia la reina, sino pasó adelante sin detenerse, de que no poco se espantó la reina; y confusa se retiró á su aposento con sus damas, sin saber la causa del no usado desdén del rey, el cual pasó lo que restaba del dia con sus caballeros hasta la noche, y luego cenó, y se fue á recoger, fingiendo estar indispuerto; y así todos los caballeros se fueron á sus casas. Toda aquella noche estuvo vacilando en cien mil pensamientos el desventurado rey, y sin poder reposar, y entre la máquina de confusiones, decía: «¡Oh sin ventura Abdalí, rey de Granada, cuán cercana veo tu perdicion y la de tu reino! Si matas á estos caballeros, gran mal se te ordena; y si no castigas estos yerros, quedas afrentado, y te valdria mas la muerte. ¿Matarélos? Sí, que fue grande su atrevimiento en cometer tal adulterio en ofensa mia, y tratar de matarme por alzarse con el reino. Pero dí, rey mal aconsejado, ¿no sabes cuán recatada y honesta muger tienes? ¿No conoces la bondad y lealtad de los nobles Abencerrages, y cuán sus mortales enemigos son los Zegríes, y que puede ser que por esta via pretendan venganza de este virtuoso linage? Verifica mejor la causa, ya que determinas la venganza; pero ¿qué mas verificacion que quien lo vió? No se atreverian á levantar tal testimonio, y mas ponerse á sustentar en batalla lo que dicen: no hay duda, sino que es verdad.» En estas variedades pasó toda la noche, y venida la mañana se levantó; y saliendo de su dormitorio, vió en la

sala muchos Zegríes, Gomeles y Mazas. Y á esta sazón entró un escudero, y le dijo al rey como habia venido Muza de pelear con los cristianos, y traia ganadas dos banderas, y mas treinta cabezas, con lo cual se holgó; y apartando al Zegrí le dijo que tuviese en aquel cuarto de los Leones treinta caballeros armados, y un verdugo prevenido de lo necesario para lo que estaba tratado. Luego el traidor del Zegrí salió del real palacio y puso por obra lo que el rey le habia mandado; y estando todos muy á punto, el rey fue avisado de ello, y se fue al cuarto de los Leones donde estaba el falso Zegrí con treinta caballeros Zegríes y Gomeles, muy bien aderezados, y con ellos un verdugo; y al punto mandó llamar al Abencerrage, su alguacil mayor. Fue un page, y le dijo que el rey lo llamaba. El Abencerrage fue á su real llamado; y así como entró en la cuadra de los Leones, le asieron, y sin que pudiese hacer resistencia, en una taza de alabastro muy grande en un instante fue degollado. Asimismo llamaron á Albin Hamete, el cual decian haber adulterado; y de esta suerte fueron degollados treinta y seis caballeros Abencerrages de los mas principales de Granada, sin que nadie lo entendiese; y murieran todos, si Dios nuestro Señor no favoreciese la causa, para que no murieran tan abatidamente, por dar crédito á un falso traidor, y sin haber mas averiguacion; y es muy cierto que sus obras no lo merecian, porque eran muy caritativos, y amigos de los pobres, y de la verdad, y de los cristianos; y aun dije-

ron los que miraban degollar á los Abencerrages, que llamaban á Cristo crucificado que les socorriese en aquel lance, para que no se condenasen, y que morian cristianos. Pues para que este linage no pereciese, ordenó Dios que un page de un Abencerrage entró con su señor, y vió como le degollaron, y miró á todos los muertos que él conocia, y luego se retiró hácia la puerta con mucha disimulacion; y al tiempo que abrieron para ir á llamar á otro, salió el page muy temeroso, y llorando la muerte de su señor. Se salió del Alhambra, y junto á la fuente vió á Malique Alabéz con Abenamar y Sarracino, que iban á hablar al Rey; y como los vió, se llegó lloroso, y temblando y encogido, les dijo: «Ay, señores caballeros, por Alá santo que no paseis mas adelante, si no quereis morir de mala muerte.» Alabéz dijo: «¿Cómo asi?» Respondió el page: «Sabed, señor, que en el cuarto de los Leones hay muchos caballeros degollados, y todos de los Abencerrages, y mi señor con ellos, que le ví degollar, porque entré con mi señor, que allá no fuéramos, y lo ví todo, y no repararon en mí, porque asi lo permitió el santo Alá, y cuando tornaron á abrir la puerta falsa, me sali, y vengo sin mi señor, y aun sin mí, por lo que mis ojos han visto: por Mahoma que pongais remedio en aquesto.» Muy admirados quedaron los tres caballeros, y mirándose unos á otros, no sabian si darian crédito ó no á lo que el page decia, y dijo Abenamar: «Gran traicion hay, si esto es verdad.» Dijo Sarracino: «Pues ¿cómo sabrémos

si es cierto?» — «Yo os lo diré, dijo Alabéz: quedaos, señores, aquí, y si viéreis salir algun caballero Abencerrage, ó de otro linage, no le dejéis pasar adelante, sino entretenedle en tanto que voy á la casa real, y sabré lo que pasa, y volveré con brevedad.» — «Alá os guarde, dijo Abenamar, aquí aguardaremos.» Malique subió al Alhambra, y al entrar por la puerta vió venir un page del rey muy apriesa, y dijo: «Adonde con tal priesa.» Respondió el page: «A buscar un Abencerrage.» — «¿Quién le llama?, dijo Malique.» — «El rey mi señor, respondió el page. Y si quereis hacer una buena obra, bajad á la ciudad, y avisad á todos los Abencerrages que salgan de Granada, porque les conviene, si no quieren verse en el trance cruel que se ejecuta en el cuarto de los Leones, y quedaos en paz.» Estando cierto y satisfecho de lo que deseaba saber, se volvió Malique adonde habia dejado á Sarracino y Abenamar, y les dijo: «Amigos y señores, verdad es lo que ha dicho el page; cierta es la traicion y muerte que se ejecuta en los Abencerrages: todo el suceso, me ha contado un page del rey, y me dijo, que diese aviso á los Abencerrages.» — «¡Válgame Alá! dijo Sarracino: que me maten, si los Zegríes no andan en esta traicion: vamos á la ciudad, y demos aviso para que se ponga algun remedio.» — «Vamos, dijo Abenamar, que en esto no quiere haber descuidos;» y diciendo asi, se bajaron todos tres á la ciudad, y antes de llegar á la calle de los Gomeles, vieron al capitan Muza, y mas de veinte caballeros

Abencerrages de los que habian ido á la Vega á pelear con los cristianos; que iban á dar cuenta al rey de aquella jornada. Y Malique Alabéz les dijo: «Caballeros, poneos en cobro, si no queréis morir por traicion: mas de treinta de vuestro linagé ha mandado el rey matar.» Los Abencerrages espantados no respondieron; pero el valeroso Muza dijo: «Por la fe de caballero, que si hay traicion, que andan en ella los Zegríes y Gomeles, porque ninguno salió al rebato, ni parecen por toda la ciudad; y sin duda que estan en el Alhambra con el rey; y son culpantes en las inocentes muertes de estos nobles caballeros: vénganse todos conmigo, que yo pondré remedio conveniente.» Asi se volvieron con el valiente Muza á la ciudad; y en llegando á la plaza nueva, como era capitan general, llamó á un añafil, le mandó que tocase á recoger á priesa, y él lo hizo; y oido el añafil, en un punto se juntaron muchos caballeros y soldados en casa de sus capitanes, y de allí vinieron á la plaza nueva, y se juntaron mucha gente de á pie, y tambien de á caballo; y aunque hubo muchos caballeros principales y de los mejores de Granada, no habian entrado entre ellos ningunos Zegríes, Gomeles ni Mazas, por donde se acabaron de satisfacer sobre que los Zegríes andaban en aquella traicion. Cuando Alabéz vió esta gente junta, halló buena ocasion para saber la traicion que se ejecutaba en los inocentes caballeros; y asi puesto en medio de todos, comenzó á decir en alta voz de aquesta manera: «Caballeros, señores

y amigos míos, y todos los que me oís, sabed que hay gran traición: el rey Chico ha mandado degollar á muchos de los caballeros Abencerrages, y si no fuera la traición descubierta por orden del santo Alá, ya estuviéramos todos degollados. Alto á la venganza, no queramos rey tirano; que así mata á los caballeros que defienden su tierra.» No habia acabado Alabéz de decir estas palabras, cuando toda la gente plebeya comenzó á dar grandes voces y alaridos, apellidando toda la ciudad, y diciendo: «Traición, traición, que el rey ha muerto á los Abencerrages: muera el tirano, muera el tirano: no queremos rey traidor.» Esta voz comenzó á divulgarse por toda la ciudad con un furor diabólico; todos tomaron armas á muy gran priesa, y comenzaron á subir al Alhambra, y en breve espacio se juntaron mas de catorce mil hombres de todas suertes y otros muchos caballeros; y mas de doscientos Abencerrages que habian quedado, y con ellos Gazules, Venegas, Almoradí, Almohades y Azarques, y todos los demas caballeros de Granada, los cuales decian á voces: «Si esto se consigue, otro dia matará otro linage de los que quedan.» Era grande la vocería y rumor que habia; gritos de los hombres, alaridos de las mugeres y llorar de niños. Finalmente, estaba todo tan alborotado, que parecia quererse asolar la ciudad con armas, y anegarla en lágrimas, y todo se oía en el Alhambra; y recelando lo que era, el rey muy temeroso mandó cerrar las puertas, teniéndose por mal aconsejado en lo que habia

hecho, y espantado de que se hubiese descubier-
to tan presto aquel secreto. Llegó, pues, el tro-
pel y confusion de gente al Alhambra, dando ala-
ridos y voces, diciendo: «Muera el tirano, mue-
ra;» y como vieron cerradas las puertas del Al-
hambra mandaron traer fuego para quemarlas,
lo cual luego fue hecho, y por cuatro ó seis
partes fue puesto fuego con tanto ímpetu, que
ya se empezaba á arder. Y el rey Mulahazén,
padre del rey Chico, como sintió tan grandísima
revuelta y ruido, siendo ya bastantemente infor-
mado de lo que era, muy enojado, contra el
rey su hijo, y deseando le matasen, mandó abrir
una puerta falsa del Alhambra, diciendo, que
él queria salir á apaciguar aquel alboroto; pero
no bien fue abierta, cuando estaban mas de mil
hombres para entrar por ella; y como vieron al
rey viejo le alzaron en peso y dijeron: «Este es
nuestro rey, y no otro: viva el rey Mulahazén;» y
dejándole con buena guardia, entraron por la
puerta muchos caballeros Abencerrages, Alabe-
zes y Gazules con mas de cien peones. El rey
mandó cerrasen la puerta falsa, y que defendie-
sen la entrada, porque no hubiese dentro del
Alhambra mas mal del que se esperaba ver; pe-
ro poco aprovechó esta diligencia, porque la
gente que habia entrado era bastante á destruir
cien Alhambras, y andaba por las calles dicen-
do: «Muera el rey Chico y los demas traidores,»
y con este ímpetu entraron en la casa real, don-
de vieron solo á la reina y á sus damas casi
muertas, no sabiendo la causa de tan grande al-

borotó; y preguntando dónde estaba el mal rey, no faltó quien les dijo que en el cuarto de los Leones. Luego el tropel de la gente fue allá, y vieron las puertas con fuertes cerraduras; pero muy poco les sirvió su fortaleza, porque las hicieron pedazos, y entraron dentro á pesar de los Zegríes que allí habia, que defendian la entrada; y entrando los caballeros Abencerrages, Gazules y Alabeces, viendo la mortandad de los Abencerrages que habia en aquel patio, á quien el rey habia mandado degollar, se ensañaron de tal suerte, que si cogieran al rey y á los traidores, no se satisficieran con que murieran degollados, sino que les buscaran mil géneros de penas para mitigar la mucha que ellos tenian; y acometieron todos á mas de quinientos Zegríes, Gomeles y Mazas que estaban allí en defensa del rey diciendo: «Mueran los traidores que tal traicion han hecho y aconsejado;» y con ánimo furibundo dieron en ellos á cuchilladas. Los Zegríes y los de su parte se defendian poderosamente, porque estaban bien alistados de armas, y apercebidos para aquel caso; mas poco les valió todo esto, que allí los hacian pedazos, porque en menos de una hora ya tenian muertos mas de doscientos caballeros Zegríes, Gomeles y Mazas, y siguiendo su porfia iban matando é hiriendo mas de ellos. Allí era el ruido y vocería, allí acudia toda la gente que subia de la ciudad, y siempre diciendo: «Muera el tirano y los traidores.» Fue tal la destruccion que los Abencerrages, Alabeces y Gazules hicieron, y tal la venganza, que de to-

dos los Zegríes, Gomeles y Mazas que allí estaban, no se escapó ninguno con vida. El desdichado rey se escondió, que no pudo ser descubierto. Esto hecho, los caballeros muertos los bajaron á la ciudad y los pusieron sobre paños negros en la plaza Nueva, para que toda la ciudad los viese, y se moviese á compasion viendo un tan doloroso y triste espectáculo, y la crueldad que con ellos se usó. Toda la gente andaba por la Alhambra buscando al rey con tal alboroto, que parecia hundirse todas las casas y torres; y si tempestad y ruido habia allí, no menos alboroto y llanto habia en la ciudad. Todo el pueblo en comun lloraba á los muertos Abencerrages. En particulares casas lloraban á los muertos Zegríes, Gomeles y Mazas, y á otros que murieron en esta refriega. Por este conflicto y alboroto desventurado se dijo este

ROMANCE.

En las torres del Alhambra
sonaba gran vocería,
y en la ciudad de Granada
grande llanto se hacia;

Porque sin razon el rey
hizo degollar un dia
treinta y seis Abencerrages,
nobles de grande valía,

A quien Zegríes y Gomeles
acusan de alevosia.

Granada los llora mas,

con gran dolor que sentía,
 Que en perder tales varones
 es mucho lo que perdía:
 hombres, mugeres y niños
 lloran tan grande pérdida.

Lloraban todas las damas,
 cuantas en Granada había;
 por las calles y ventanas
 mucho luto parecía.

No había dama principal
 que luto no se ponía,
 ni caballero ninguno
 que de negro no vestía:

Si no fueron los Gomeles
 donde la traicion salía,
 y con estos los Zegríes,
 que les hacen compañía.

Y si algun luto llevaban,
 es por los que muerto habían
 los Gazules y Alabeces
 con gran valor y osadía
 en el cuarto de los Leones,
 por vengar la villanía.

Y si hallaran al rey Chico,
 le privaran de la vida,
 por consentir la maldad
 que allí cometido habían.

Volviendo ahora al sangriento y pertinaz mo-
 tin de la granadina gente contra el rey y sus
 valedores, es de saber, que el valeroso Muza co-
 mo vió poner fuego al Alhambra, con gran pres-
 teza acudió á aplacar las furiosas llamas; y sa-

biendo que el rey Mulahazén su padre habia mandado abrir la puerta falsa del Alhambra, luego se fue hácia ella acompañado de gran tropa de gente, y en llegando vió al rey Mulahazén acompañado de mas de mil hombres que le guardaban, y á grandes voces decian: «Viva el rey Mulahazén, al cual reconocemos por señor, y no al rey Chico, que á tan gran traicion ha muerto la flor de los caballeros de Granada.» Muza dijo: «Viva el rey Mulahazén, mi padre, que asi lo quiere toda Granada.» Lo mismo dijeron todos los que iban con él; y diciendo esto entraron en el Alhambra y fueron á la casa real, y andándola toda no toparon al rey. De aquí fueron al cuarto de los Leones, y vieron el estrago que habian hecho los Abencerrages, Gazules y Alabeces en los Zegríes, Gomeles y Mazas; y Muza dijo: «Si traicion se hizo á los Abencerrages, bien se han vengado, aunque la traicion no tiene satisfaccion;» y pesándole de lo que habia, salió de allí y se fue á la cámara de la reina, á la cual vió llorosa, acompañada de sus damas y de la hermosa Celima á quien Muza amaba tiernamente. La temerosa reina le preguntó á Muza: «qué vocería era aquella que sonaba en la ciudad y en el Alhambra.»—«Cosas son del rey, dijo Muza, que sin mirar mas de su gusto, dió lugar, y consintió una traicion notable; ejecutada en los caballeros Abencerrages, de quien siempre ha recibido muy grandes servicios, y en pago de ellos hoy ha muerto á treinta y seis dentro del cuarto de los Leones. Esto es lo que el rey mi her-

mano, vuestro marido, ha hecho, ó permitido que se hiciese; por lo cual el reino tiene perdido, y él está, si parece, á punto de perderse, porque ya toda la gente de Granada, asi caballeros como todos los demas estados, han recibido á mi padre el rey Mulahazén por rey y señor, y á esta causa anda el alboroto y motin que hay.»—«Santo Alá, dijo la triste y alligida reina, ¿qué eso pasa? ¡Ay de mí!» Y diciendo esto se cayó amortecida en los brazos de Galiana. Todas las damas lloraban amargamente el caso doloroso que habia sucedido; y lloraban á su triste reina puesta en tal calamidad. La linda Haja y la hermosa Celima se hincaron á los pies de Muza, y como quien tanto le amaba le dijo de esta manera: «Señor mio, no me levantaré de vuestros pies hasta que me deis palabra de hacer en este negocio tanto que quede apaciguado, y el rey vuestro hermano en su posesion como de antes; que aunque ha procurado mi amistad, no teniendo respeto á la vuestra, no se ha de formar venganza estando el enemigo caido; ni se ha de dar mal por mal; sino porque de hoy mas tengo cuidado de no ofenderos en esto ni en otra cosa alguna; en lo que os pido recibiré de vos muy grande merced.» Fátima que sabia el grande amor que los dos se tenian; le pidió á Muza que le concediese á Celima lo que le pedia, y que no tuviese á sus pies á la que merecia la corona del mundo. Muza que estaba transformado en mirar el adorno y nobleza que naturaleza dió á Celima, no advirtiendo que la te-

nia á sus pies con la hermosa Haja, las levantó del suelo; dándolas palabra de apaciguar el vulgo, y de poner al rey su hermano en la posesion del reino; con lo cual obligó á su dama á que le amase con mas estremo. Las damas echaron agua en el rostro de la reina, y de este modo volvió en sí llorando; y Muza la consoló dándole buenas esperanzas; y se despidió de ella y sus damas, y fue adonde estaba su padre y le dijo: «Mande vuestra alteza pena de muerte al que no dejare las armas, y no se sosegare.» Luego mandó el rey que se pregonase así en el Alhambra y por toda la ciudad, y Muza mandó á la gente de guerra que se aquietasen; y á todos los demas se lo rogó. Mediante esto se apaciguó el pertinaz motin y rebelion, teniendo unos intento de obedecer á Mulahazén, y otros al rey Chico. Para esto ayudaban á Muza todos los mas principales de Granada, y los linages desapasionados, que eran Alabeces, Bencerrages, Laugetes, Azarques, Alarifes, Alporadines, Almoradis, Almohades y otros muchos caballeros de Granada. De esta suerte fue todo apaciguado, y Muza rogó á todos que no quitasen á su hermano la obediencia, sino que Granada volviese al estado en que antes estaba; que si malos consejos no dieran al rey, nunca él mandara hacer lo que se hizo. Todos los caballeros dieron palabra á Muza de no quitar la obediencia á su hermano el rey; solo los Abencerrages, Gazulés, Alabeces y Almoradines, estos cuatro linages poderosos, no quisieron estar en la obediencia del rey Chico, por la que hizo

contra los Abencerrages en admitir el mal con-
 sejo del traidor Zegrí; y era así verdad, que por
 dar crédito de ligero el fácil rey aceleró el nego-
 cio; y si lo llevara por justicia, no se desiguiera
 la perdición que le vino á él y á la ciudad. Por
 esta traición se hizo el romance siguientes
 Caballeros granadinos, aunque moros hijosdalgo,
 con envidiosos intentos al rey Chico van hablando;
 una gran traición se va ordenando.
 Dize que los Abencerrages, linage noble afamado,
 pretenden matar al rey, y quitarle su reinado;
 una gran traición se va ordenando.
 Y para emprender tal hecho, tienen favor muy sobrado
 de hombres, niños y mugeres, todo el granadino estado;
 una gran traición se va ordenando.
 Ya á su reina tan querida, de traición la han acusado,
 que en Albin Abencerrage tienen puesto su cuidado;
 una gran traición se va ordenando.
 De esta suerte va declarando el romance la
 historia que se ha contado, y la traición; mas
 porque me aguardan otras cosas importantes no
 se acaba. Volviendo á Muza, que con gran di-
 ligencia procuraba aplacar los airados pechos de
 los mas principales caballeros y demás gente para

que volviésen á dar la obediencia al rey Chico, como antes estaba, atrajo muchos á su voluntad, salvo los cuatro linages que hemos dicho, y algunos mas caballeros que no quisieron estar en la obediencia del rey Chico, sino á la del rey Mulahazén; y así siempre hubo allí muchas diferencias entre los dos reyes, padre é hijo, hasta que se perdió Granada. Y la causa porque los Gazules, Alabeces, y Aldoradines no quisieron ser de la parte del rey Chico, aunque Muza hizo las diligencias posibles, fue el que ya tenian tratado entre ellos de volverse cristianos, y pasarse con el rey D. Fernando, como adelante se dirá. Pues como viese Muza la mayor parte de la ciudad reducida á su voluntad para que volviese su hermano á ser obedecido, y al gobierno de su reino, procuró saber adonde estaba; y supo como se habia retirado al cerro del Sol, que hoy llaman de Santa Elena, en una mezquita que estaba allí, huyendo de la voz que oyó cuando decian todos: *Muera el tirano y los traidores*; y visto este estrago, que hacian los Abencerrages, Gazules y Alabeces en los Zegríes y Gomeles, se salió por una puerta falsa maldiciendo su ventura y el dia de su nacimiento, quejándose del Zegrí que le habia aconsejado cometer tal traición contra tan leales caballeros. Los Zegríes y Gomeles le consolaban, diciéndole que no se fatigase, que mil Zegríes y Gomeles tenia de su parte, los cuales moririan en su defensa, y que el consejo no habia sido en falso, sino importante, si no se descubriera tan presto. Y en esto vieron venir

á Muza en un caballo, y fueron á dar aviso al rey; el cual temeroso preguntó, si venia de paz, ó de guerra. «De paz viene, respondió un Zegri, y sola, y debe de querer hablarte.» — «Alá se sirva que sea por bien, dijo el rey; porque se temia de Muza, á causa de Celima.» En esto llegó Muza; y preguntando si estaba allí el rey su hermano, le fue dicho que sí; y apeándose del caballo entró en la mezquita, donde vió al rey acompañado de Zegries y Gomeles; y haciéndole el acatamiento que de antes solia, le dijo así: «No careces de culpa, permitiendo una maldad y traicion tan grande como la que se ha usado, con el mas noble y leal linage de todo el reino. Y mirad lo que se ha seguido de su muerte; alboroto de toda la ciudad, muerte de muchos; pérdida de tu reino; y lo fuera de tu vida, si no te hubieras retirado aqui. Los reyes que han de gobernar en paz, sosiego y tranquilidad á sus vasallos, ¿son esos los alborotadores, y privadores de la paz? Merecido y justo castigo es, que sean desposeidos de sus reinos, y aun de las vidas. Si á caballeros leales que sirven bien, dás tal pago, ¿quién esperas que te sirva? Si se te habia ofendido, que no creo tal, siguieras la causa por justicia; y no con violencia. ¿Qué demonio te insistió á hacer tal matanza? ¿Qué causa te movió?» — «Hermano, dijo el rey, ya que me has preguntado la causa de mi determinada ira, yo te la diré en presencia de los oyentes: Sabrás, que los caballeros Abencerragés tenían determinado matarme, y alzarse con el reino; y sin esto Albin Hamete Abencerrage adulteraba

con la reina mi muger, pues de todo tengo bastante y probada verificación: parécete que aceleré en el caso.» Admirado Muza, le respondió: «No tengo yo á la reina en tal opinion, ni lo creo, ni tengo á los Abencerrages por caballeros que tal traicion ordenaran, porque son ejemplo de lealtad.» — «Pues si no lo crees, dijo el rey, preguntalo á Hamete Zegrí, y á Mahandin y á Mahandón que estan presentes, que ellos te dirán como testigos de vista.» Y los falsos refirieron á Muza lo que al rey habian dicho, lo cual no creyó, porque conocia que la reina era muy honesta y virtuosa, y asi les dijo: «Yo no puedo persuadirme á que eso sea asi, ni creo que habrá caballero que lo sustente, porque es cierto que ha de quedar por infame y fementido.» — «Pues nosotros, dijo Mahandon, lo sustentaremos contra cualesquier caballeros que lo quisieren contradecir.» Y enojado Muza, dijo: «Pues aunque no sea sino por honra de mi hermano el rey, se ha de seguir por justicia esta causa y la de los Abencerrages, pues os preferís á sustentar con las armas la acusacion que poneis; y mirad cuán seguro estoy de la casta reina, que sé que habeis de morir, ó quedar desmentidos; y si me fuera lícito, yo solo habia de defender la inocente reina y á los nobles Abencerrages, porque clara y manifestamente se parece ser mentira causada de envidia; pero impídelo la paz que ando buscando. Los Zegríes comenzaron á alborotarse, diciendo: que ellos eran caballeros, y lo que habian dicho lo sustentarian en cualquier tiempo armados á

los cuatro caballeros. «Eso se verá presto», dijo Muza; y díjole al rey: «Vamos al Alhambra, que ya todo está apaciguado: solo quedan cuatro linages de caballeros que no os quieren dar obediencia; sino á nuestro padre: pasen algunos dias, que yo los oompondré. Y vosotros, Zegries y Gomeles, advertid, que si por vuestro consejo murieron degollados treinta y seis caballeros Abencerrages, de vuestros linages hay mas de cuatrocientos caballeros muertos; mirad si ha sido gran geria la que habeis hecho. Id al Alhambra, y mandad que los saquen del cuarto, de los Leones, y dadles sepultura, que así han hecho los Abencerrages á todos sus deudos, muertos sin culpa.» Con esto salió Muza de la mezquita, y el rey Chico con él, fiado de su palabra, y le dijo: «Muza, ¿quién te dió aviso de que estaba yo aquí?» — «Quien te vió venir, dijo Muza.» Diciendo esto, se bajaron todos del cerro, y se entraron en el Alhambra. Los Zegries llevaron los cuerpos muertos á sus casas, y los fueron acompañando; y Muza con ellos, por evitar algun escándalo; y en todo aquel dia no se oia en toda Granada otra cosa sino llantos y gemidos muy tristes. El rey se retiró á su cuarto con muy buena guarda; y mandó que no dejasen entrar á nadie en todo aquel dia; lo cual se cumplió todo así, que ni aun á la misma reina dejaron entrar, y muy confusa se volvió á su retrete, no sabiendo la causa de tan grande encerramiento; pues le habia enviado á decir Muza, que no tuviese pena; que el rey volvería á su silla.

CAPITULO XV.

en que se da cuenta cómo los traidores pusieron acusacion á la reina y á los Abencerrages, y cómo la reina fue presa por ellos, y dió quatro caballeros que la defendiesen; y de lo demás que sucedió.

Los muertos ya enterrados de la una parte y de la otra, y habiendo cesado los llantos por ellos hechos, y reducida la parte mayor de los caballeros de Granada á la obediencia del rey Chico, por orden del valeroso capitán Muza, habiéndose pasado aquel día tan memorable para Granada, luego el día siguiente dió orden que fuesen á hablar al rey; y así se juntaron todos los mas principales, y le fueron á ver, aunque contra su voluntad, solo por hacer placer al valiente Muza; y en entrando en su real sala, se fueron sentando por su orden, como antes solian, aguardando que el rey saliese de su aposento: el cual como supo que estaba allí Muza y los demás caballeros, salió vestido de negro mostrando tristeza en el rostro, y sentado en la silla real, mirando á todos, les dijo: «Muy leales y verdaderos vasallos, amigos míos, bien sé que habeis estado muy enojados conmigo, y con deliberacion de quitarme el reino y la vida por lo que hubo en el cuarto de los Leones, no sabiendo vosotros el fundamento y justa causa que á ello me movia, y sin escandalizaros; pero

á veces la cólera ciega la razon de modo, que
 no da lugar á la consideracion con el deseo de
 la venganza. Alá os guarde de rey injuriado, que
 no aguarda dilacion su agravio. Y para satisfac-
 cion de mi poca culpa, y muy sobrada justicia,
 pedida, y demandada de mi crecido agravio, ha-
 beis de saber, oh nobles granadinos, que los fa-
 mosos Abencerrages, de cuya fama el mundo es-
 tá lleno, habían conspirado y hecho conjuracion
 para privarme del reino, y de la vida, y de todo
 esto tengo fulminado proceso con informacion
 bastante, por donde son dignos de muerte, y mas.
 Albin Hamete, Abencerrage, violó mi honra con
 mancha de adúltero, tratando con la reina Sul-
 tana, mi muger, de deshonestos y secretos amo-
 res, aunque no lo fueron tanto, que con facili-
 dad fueron descubiertos; y en esta sala hay ca-
 balleros testigos de vista que lo dirán y susten-
 tarán, y á esta causa se ejecutó ayer lo que vís-
 teis, queriendo por mi mano tomar venganza de
 tan enorme injuria y deshonor; y si no se des-
 cubriera tan presto mi intento, no hay duda, si-
 no que no fuera ya vivo ningun Abencerrage;
 mas mi mala suerte ordenó que se descubriera.
 De lo pasado me pesa solo por el alboroto de la
 ciudad, y por haber muertes de nobles y leales
 caballeros á manos de los Abencerrages vivos, y
 de los Gazules, y la sangre de los Zegries, y Go-
 meles vertida por mi causa pide justísima ven-
 ganza, la cual prometo hacer por Mahoma. Y
 ahora doy por sentencia que los Abencerrages
 que son culpados en esto, por tener atrevimien-

to de entrar con mano armada en mi casa real, sean desterrados de Granada, y dados por traidores, y sus bienes confiscados a mi real Cámara, para que de ellos haga mi voluntad; y los que no son tan culpados y los ausentes, así alcaldes, como los que no lo son, que se queden en Granada privados de mi real servicio. Y si tuviere hijos varones, los envíen a criar fuera de la ciudad; y si fueren hijas, que las casen fuera del reino; y esto mando que se publique por toda Granada. Y en lo que toca á la reina Sultana, mi muger, mando que los caballeros que han de poner la acusacion la pongan luego; y puesta, sea presa; hasta que se vea su justicia conforme á derecho, que no es justo que un rey como yo viva afrentado. Estas dos cosas fueron la causa, buenos caballeros y leales vasallos, del alboroto de ayer; ahora considere cada uno la causa por suya; y juzgue lo que haria, y verá cómo no se satisface mi agravio, y respóndame. Dichas estas palabras por el rey todos los caballeros que estaban allí juntos se miraban los unos á los otros, y admirados de todo aquello que el rey les habia dicho; no sabian qué responderle, porque ninguno de los que vinieron con Muza á dar la obediencia al rey, no dió crédito á cosa ni parte de lo que tocaba á los Abencerrages, como ni á lo de la reina, y luego entendieron, se traicion; y así los caballeros Almoradis, Ahnolahades, y otros que eran parientes de la reina Sultana, hicieron entre ellos gran movimiento y comuniquacion, y al cabo de una pieza que el rey guardaba res-

puesta; se levantó un caballero Almoradí; tío de
 la reina; y respondió; diciendo: «Atentos hemos
 estado, rey Abdali; a tus razones; con las cua-
 les no menos pesadumbre y alboroto que ayer se
 espera; porque en lo que has hablado manifies-
 tamente parece ser averiguada traición; así en lo
 que toca á los caballeros Abencerrages; como en
 lo de la reina; porque los Abencerrages son no-
 bles; y en ellos no puede haber traición; ni tal
 de ellos se puede presumir; porque de su bon-
 dad y nobleza siempre han dado verdadero tes-
 timonio sus obras; por las cuales tú y tu reino
 habéis resplandecido; y si ahora los mandas des-
 terrar; tu reino de hoy en más lo puedes dar por
 ninguno; y al tiempo pongo por testigo; cuanto
 y más; que aunque tú los destierres; si ellos con
 su gusto y voluntad no se quieren salir de Gra-
 nada; no los puedes tú hacer fuerza; atento que
 no eres rey supremo por ser vivo tu padre; el
 cual estima mucho á este linage. Si no me crees;
 mira tu palacio; y verás como en faltando todos
 los Alabeces; Gazules; Aldoradines y Venegas;
 parece estar solo y sin acompañamiento ninguno;
 y te has de ver sin todos estos y otros muchos;
 por ser amigos de los Abencerrages; pues la ple-
 be ya bien sabes el amor que les tiene; y sé de
 cierto; que si el amor de ellos levantara bande-
 ra contra tí; te echaran del reino en que estás;
 pero son leales; y antes morirán que tal hagan.
 Repórtate; rey mal aconsejado; y no te ciegue la
 cólera; y en lo que dices de la reina que ha sido a-
 dúltera; es falso; es matróna ilustre y honesta; y se

debe tener y estimar en mucho ; y si contra ella te mueves ó alteras ; los Almoradis , Almohades y sus parciales te hemos de quitar la obediencia , y hemos de darla á tu padre ; y cualquiera que pusiere falta ó dolo en la reina Sultana , miente , y es un villano , y yo lo probaré donde quisiere . El traidor Zegri , Mahandín Gomei , Mahandon y Alhamente con saña se levantaron , y dijeron , que lo que ellos decian era verdad , y quien lo contradecia , mentiria . Los Almoradis se alzaron poniendo mano á las armas ; todos los Zegries y Gomeles hicieron lo mismo , y con gran enojo se fueron los unos á los otros , moviendo mucho escándalo y alboroto en el palacio real ; mas los caballeros Azarques y Alarifes , Muza , Sarracino , Reduan y el mismo rey , obraron tanto , que no los dejaron juntar , antes los quietaron é hicieron sentar ; y estando sosegados dijo estas razones Muza : « Señores caballeros , yo querria que se pusiese la acusacion á la reina , y que por ella sea presa , pues confio en Alá que su inocencia ha de ser verdugo de los acusadores falsos , y han de morir ó retractarse de lo dicho , de donde se seguirá mayor lauro y corona de honor á la inocente reina y á todos los de su linage ; para lo cual salga aquí la reina , responda por sí , y dé y señale caballeros que la defiendan . » A todos pareció bien lo que Muza dijo , y así fue llamada la reina Sultana , la cual fue acompañada de sus damas , y los caballeros se levantaron y la hicieron grande acatamiento , salvo los traidores ; y antes que la reina se sentase en su estrado le di-

jo Muza: Hermosa Sultana; hija del famoso Mo-
 raizél, y de nación Almoradi; por descendencia
 del padre; y Almohades; por la madre; descen-
 dientes de los reyes de Marruecos: sabrás; reina
 de Granada; por tu dño; como en esta sala hay
 caballeros que pongan dolo en tu castidad; di-
 ciendo que no has guardado las leyes conyuga-
 les; como era razon; á tu marido el rey; antes
 dicen que has adulterado y hecho traicion; con
 Albin Hamete; Abencerrage; por lo qual ayen
 fue degollado con los demas Abencerrages que
 murieron. Si esto es asi; lo qual todos nosotros
 no creemos; porque tenemos entera satisfaccion
 de tu bondad; virtud y castidad; has incurrido
 en pena de muerte de fuego; por tanto dá razon
 de tí; para que no haya mas escándalo del que
 por tu causa ha habido; y si no le dás qual con-
 viene á tu honor y al de tu marido; morirás
 quemada conforme á nuestras leyes: yo te lo he
 dicho; no por ofenderte; sino para que repares
 con tiempo la defensa y lo que te conviene; que
 por mi parte seré en tu favor y en todo lo que
 pudiere; como lo verás. Con esto calló Muza;
 y se sentó; aguardando que la reina respondie-
 se. La qual como oyó lo que Muza le habia di-
 cho; miró á todos los caballeros de la sala; y
 como los vió callar; tuvo por verdad lo que al
 pronto habia escuchado por donaire y juego; y
 reparándose un poco; sin mudarse la color de
 su hermoso rostro; ni hacer mudanza mugeril;
 respondió de esta suerte: Cualquiera que en mi
 honestidad pura; limpia; y casta pusiere alguna

falta de miente; y no es caballero, y sinó villano, vil y de bajos pensamientos, y mestizo, y infame, y mal nacido, indigno de entrar en el real palacio; y sea quien fuere, póngase aquí en mi misma presencia la acusación que contra mí se ha hecho, que no temo pena ninguna, porque mi inocencia me asegura, y mi castidad y limpieza me hacen libre: jamás con pensamiento ni obra hice ofensa al rey mi marido; ni la pienso hacer en tanto que mi marido fuere, ni despues; y bra sea por separacion de muerte, ó por repudiacion de su parte hecha. Mas estas cosas y otras tales no pueden salir sino de moros, de quien no salen sino maldades y nóvedades, como de hombres de poca fe y mal inclinados. Benditos sean los cristianos reyes y quien los sirve, que nunca entre ellos hay semejantes maldades, y la causa es estar fundados en buena ley. Pero una cosa sé decir, que confío en el santísimo Alá que ha de volver por mi casta limpieza, y descubrir la verdad; y hago promesa de que si Alá se sirve de dar victoria á mis defensores, como lo espero en él que se la dará, viéndome libre de este testimonio, de no volverme á juntar con el rey en poblado ni fuera. Diciendo esto, contenzó á llorar; y con ella todas sus damas, de tal manera, que á todos los caballeros que ella oían movia á muy grande compasion y lástima. Lendaraja se hincó de rodillas delante de la reina, y pidió licencia para partirse á Sanlúcar á casa de un hermano de su padre, pues por mandado del rey habian muerto sin culpa á su querido padre, y

pues desterraron á los Abencerrages, que ella se
 queria desterrar, por no ver las tiranías y crueldades
 que cada dia se hacian, y mas el testimonio
 que á su alteza se levantaba, que no diese lugar
 que ella presenciara á aquellos dolores tan acer-
 bos, y que cuando la honra de la reina padecia,
 no estaba segura la de sus damas, dueñas y don-
 cellas. La reina la abrazó llorando, y quitándose
 del cuello la cadena que el maestro le dio el dia
 de la sortija, y dijo: «Toma, amiga, yo quisiera
 galardonar tus servicios fieles y leales, pero ya
 por mi desdicha, no soy señora de bienes, sino
 de males: dichosa tú, y yo sin ventura. Vete en
 paz, y vive en ella, que ausente de la corte, yo
 sé que la tendrás.» Y diciendo esto la apretó en-
 tre sus brazos, regándole su hermoso rostro con
 lágrimas, las cuales Lindaraja derramaba de sus
 ojos en abundancia. Aquel se aumentó el llanto
 de todas las damas, porque las iba abrazando, y
 despidiéndose de todas. Estaban los circunstan-
 tes tan lastimados de la dolorosa despedida de
 la reina y de Lindaraja, que no dejaban de ayu-
 dar con lágrimas, y no pudiendo sufrir aquel do-
 lor, todos los Almorades y Almohades, y otros
 de su parcialidad, se salieron llorando de la sala
 diciendo: «Abdali rey, cábre los ojos, y mira lo
 que haces, y tennos por tus enemigos de aquí
 adelante.» Lindaraja despidiéndose del rey, se sa-
 lió de palacio, y acompañada de su madre y de
 algunos caballeros se bajó á la ciudad, y al otro
 dia se partió para Sanlúcar, y Gazul en su compa-
 ñía, que era el que la servia, como ya se ha dicho,

y adelante se tratará de ellos más largamente. Ahora vayan su camino, y volvamos á tratar del rey, y de la acusación de la triste reina Sultana, la cual lloraba muy dolorosamente su deshonor, y con ella sus doncellas. El rey mandó al traidor Zegrí que pusiese la acusación, y él se levantó, y dijo: «Por la honra de mi rey, y volviendo por ella, como debo, digo que la reina Sultana es adúltera, y que yo y Mahandin la vimos en Generalife, debajo de un rosal, que está junto á la fuente grande, estar en lascivas concupiscencias con Albin Hamete, Abencerrage, lo cual sustentaremos los cuatro á otros cuatro que señale la reina en su defensa.» A esto respondió la reina: «Mientes, como traidor infame, falso, tú y todos vosotros; yo fio en el poderoso Alá que ha de descubrir la verdad, y os ha de costar muy caro.» El rey dijo: «Sultana, dentro de treinta días habéis de dar caballeros que os defiendan; donde no, se procederá contra vos conforme á la ley.» Sarracino no pudiendo sufrir más aquella lástima, dijo: «Yo me ofrezco á la defensa de la reina, aunque no haya más caballeros que quieran volver por su honor.» Reduán dijo: «Yo seré el segundo, y serviré de tercero y cuarto.» Muza dijo: «Pues yo ayudaré también, y no faltará otro caballero que ayude, porque se haga la batalla de cuatro á cuatro; y mire la reina si nos quiere admitir, que como caballeros juramos de hacer el deber.» La reina respondió: «Muchas mercedes, señores caballeros, por la que me hacéis tan señalada; yo

veré lo que me importa, pues tengo término suficiente, aunque sé que en hacer tales caballeros la batalla, mis enemigos serian vencidos; y mi honra satisfecha. El rey mandó que estuviese presa en la torre de Comares, y en su compañía Galiana y Celima para que las sirviesen. Luego Muza y otros caballeros llevaron á la desdichada é infelice reina presa; y la pusieron en un aposento, y á la puerta doce caballeros de guarda, con orden que sino es á Muza, otro no pudiese entrar á hablar con ella. Esto hecho se despidieron del rey todos los caballeros, por lo que habia pasado. Las damas de la reina se fueron todas: las doncellas en casa de sus padres, y las casadas á sus casas con sus maridos. Reduan se llevó á su querida Haja. Abencamar á Fatima, que estaba muy triste por lo que sus parientes habian hecho. Todas las demas damas se fueron quedando desierto el cuarto de la reina. Quedaron con el rey Zegries, Gomeles y Mazas, por acompañarle; y á muchos pesaba de lo que habian empezado á hacer; porque imaginaban que no podian tener buen fin todas aquellas traiciones. Luego se pregono, que dentro de tres dias saliesen los Abencerrages desterrados; so pena de las vidas. Los Abencerrages pidieron dos meses de término, porque querian salir del reino; y fueles concedido á instancias de Muza, porque entre él y ellos se trató lo que adelante se dirá. Este pregon se divulgó por toda la ciudad, y sintieron tanto los moradores de ella el agravio que á los Abencerrages se hacia, que si quisieran

ellos levantar bandera contra el rey Chico, los ayudaran con sus personas y haciendas, porque en extremo eran amados de toda la ciudad, y tenidos en lugar de padres y ampáradores de todos. Este pregon lo oyó una hermana del rey Chico, llamada Moraina, la cual era muger de Albin Hamfete, Abencerrage; y llena de enojo por haberle muerto á su marido sin culpa, y de temor por haberle quedado dos niños, uno del cinco años y otro de tres, vestidos ambos de luto y ella tambien, fueron al Alhambra y en su compañía cuatro caballos, y entraron en la sala del rey para hablarle. Los guardas conociendo á Moraina, la dejaron entrar en el aposento del rey, su hermano, al qual halló solo; y haciéndole medida, le dijo: ¿Qué es esto, rey? Rey te digo, y no hermano, aunque es nombre de más piedad; mas porque no entiendas que soy de los conjurados contra tí, como tú mismo dices, te llamo rey. Rues dime, ¿qué clima es esta que nos sigue tan cruel? ¿Qué hado tan rigoroso y sangriento es este? ¿Qué estrella tan caliginosa y mortífera corre predominando y causando tantas desventuras? ¿Qué cometa llena de fuego es esta que así labrasa y eclipsa el claro linage de los Abencerrages? ¿En qué te han ofendido, que así totalmente los quieres destruir? ¿No te ha mitigado haber degollado la mitad del linage, sino que ahora mandes desterrar á los que han quedado? Y ya que así es, ¿qué razón hay para que los hijos inocentes de los padres se hayan de dar á criar fuera de la ciudad, y á las hijas casarlas fuera del reino?

¡Pregón duro! ¡Sentencia cruel! ¡Mandato acerbo! ¿Dime de qué sirven estas tiranías, rey inclemente? Y, yo, triste, desconsolada y viuda, hermana tuya por mi mal, ¿qué haré con estos dos niños, retrato de aquel caballero Albin Hamete, mandado por tí degollar sin culpa? ¿No bastó la muerte inocente de su inculpable padre, sino desterrar los huérfanos hijos? ¿A quién los encomendaré fuera del reino que los crie? Si á ellos destierras, yo he de ir tambien por su madre. ¡A tu sangre maltratas! Por Alá santo te ruego, que te reportes; mira que estás mal aconsejado; no pase adelante tu crueldad injusta, que es en los reyes grande imperfeccion ser crueles, y mas donde no hay culpa, sino interes y envidia. Con esto cesó la bella Moraina, no dejando de llorar, y dando dolorosos suspiros de lo mas íntimo de su alma. Todo lo cual no fue bastante á ablandar el diamantino corazon del rey, antes encendido en infernal cólera, los ojos encarnizados contra su hermana, la dijo: «Dí, Moraina infame, sin conocimiento de la real sangre, ¿tan poco valor en tí se encierra? ¿Eso me dices? ¿Dí, no consideras la mancha que puso en mi honra tu desleal marido? Si tú tuvieras una gota de mi real sangre, sintieras mi agravio, y esa gota dando el pecho á tus hijos, les fuera veneno mortífero; y si este efecto hiciera, diría que eras mi hermana; pero no creo que lo eres, pues no sientes lo que yo. Mejor hubieras hecho en haber quemado esas dos ramas infames, salidas de aquel aleve tronco, causador de mi afrenta; y pues tan

poco miramiento has tenido, y no has hecho oficio de hermana, yo haré lo que tú no hiciste. «Y diciendo esto asió al niño mayor, y alzándole en peso, le puso debajo del brazo izquierdo, y echando mano á la daga se la metió por la garganta, que no pudo defenderle la desdichada madre; y dejando muerto al inocente niño, á pesar de su triste madre, tomó al otro, y le degolló, dejando segadas las manos á la sin ventura Moraina por quitarle á su tierno niño. Y habiéndolos muerto, dijo el sanguinolento rey: «Acábase de raiz esta traidora casta de Albin Hamete.» Vista la crueldad del tirano rey, la lastimada madre, bramando como leona, acometió á su hermano por quitarle la daga para matarle; pero el rey se defendió, y visto que no podia defenderse de ella, porque le pedia sus hijos, con diabólica furia la dió dos puñaladas en el delicado pecho, de las cuales cayó muerta con sus hijos; y dijo el rey: «Allá irás con tu marido, pues tanto le amas, que tan traidora eres como él»; y luego mandó que enterrasen aquellos cuerpos en la sepultura de los reyes; lo cual se hizo admirándose de aquel acaecimiento. Los caballeros Venegas; sabiendo el caso atroz que el rey habia cometido, salieron del Alhambra, y se fueron á la ciudad; y contaron el caso á otros caballeros; y asi se supo por toda Granada aquella gran crueldad del rey. Muchos determinaron de matarle, y mas sabiendo la injusta prision de la reina; mas vivia el rey con tal cuidado y guarda, que no tuvieron lugar de ejecutar su deseo; por-

que la puerta del Alhambra la guardaban mil caballeros, y de noche se cerraba bien, y por los muros y baluartes habia puestas muchas postas y centinelas, guardando todas las entradas. La gente del rey Mulahazén guardaba lo que le tocaba, que era la plaza de los Algibes, y la torre de la Campana, y las torres cercanas á ella, y sus baluartes y barbacas. Finalmente, lo mejor del Alhambra tenia Mulahazén: el rey Chico tenia la casa real antigua, y cuarto de los Leones y Torres de Comares, y miradores del bosque á la parte del Darro y Albaicín. Aunque las guardas y gente de ambas partes estaban separadas y apartadas, y cada cual seguia la parte de su rey, jamás entre ellos habia discórdias por mandado de los reyes y ruegos de Muza. Y aunque habia dos reyes, la gente mas principal seguia al rey viejo, como eran Alabeces, Abencerrages, Gazules, Almoradis, Langetes, Atarfes, Azarques, Alarifes y todo el comun ciudadano, respecto de estar bien con los caballeros Abencerrages y sus valedores. Al rey Chico seguian Zegries, Gomeles, Mazas, Alabeces, Bencerrages, Almoradis, Almohades, y otros muchos linages y caballeros de Granada, aunque despues de la prision de la reina se habian pasado al rey viejo los Almoradis, Almohades y Venegas. Estaba Granada divisa y llena de bandos y escándalos cada dia, y mas se acrecentaron cuando los caballeros Venegas dieron noticia de la crueldad que el rey Chico habia usado con su hermana y con sus sobrinos; la cual fue de todo punto causa de que los

Almoradis, Almohades, y Marines, y otros muchos caballeros de gran valor le desampararon; de tal manera, que casi toda Granada estaba apercibida en su daño. Solo tenia de su parte á los Zegríes, Gomeles y Mazas; y como estos tres linages eran tan poderosos, le sustentaron en su estado hasta que se perdió, como adelante se dirá. Volviendo á la muerte de los hijos de Moraina y de la suya, hubo en Granada grande sentimiento del doloroso caso. Todos decian que era el rey muy cruel, tirano, enemigo de su sangre, é indigno del reino y de la vida. Quien mas sintió esta muerte fue el capitan Muza, hermano de Moraina, y firmó con juramento, que habia de ser vengada aquella traicion antes de muchos dias; y si Muza sintió el desafortado caso, cruel y grave; no inenos lo sintió el rey Mulahazén, que al fin era su padre. Y despues de haber hecho gran llanto por su amada hija y por los nietos tan queridos, con ferviente enojo se fue á armar, y se puso un fino jaco y un acerado casco, y sobre el jaco una aljuba de escarlata, y tomó una tablachina en el brazo izquierdo; y llamando á su alcaide; le dijo; que muy presto juntase la gente de su guardia, que eran mas de cuatrocientos caballeros. El alcaide los juntó, y les dijo; que el rey Mulahazén los mandaba juntar; que estuviesen apercibidos para lo que les mandase. Ellos dijeron; que allí estaban á su mandado. Y visto por el rey que los de su guardia estaban juntos y alistados, salió á la plaza de su palacio, donde estaba toda la gente, y les di-

jo así: «Valerosos vasallos y amigos míos, grande deshonra es que mi hijo me usurpe cetro y corona contra toda mi voluntad, y que siendo yo vivo haya otro rey; y bien sabéis como se hizo llamar rey por el favor y ayuda que le dieron los Zegríes, Gomeles y Mazas, diciendo que yo era viejo y sin provecho para la guerra y gobierno del reino; y por este engaño y color de ambición muchos caballeros le han seguido, y me han dejado contra toda razón. Que bien se sabe que ningún hijo puede ser heredero del reino, ni de hacienda hasta la muerte de su padre; y así lo mandan espresamente las leyes, las cuales ha quebrantado mi hijo, me ha usurpado el reino, y procede mal en la gobernación; pues en lugar de conservar la paz y sosiego en que yo tenía el reino, es perturbador é inquietador de ella, y alborotador del pueblo; y en lugar de guardar á todos recta justicia, hace los mayores absurdos que en el mundo se pueden imaginar. Mirad cómo mandó degollar á los nobles Abencerrages sin culpa suya, y cómo sin ella tiene presa á su muger, imputándola de adúltera; y lo que mas me lastima es, que haya muerto á mis nietos y á mi hija. Pues si siendo vivo yo hace esto, ¿qué hará en viéndose solo? Bien podeis desamparar vuestra patria y tierra, y buscar la agena. Ya no quiere Alá que tal tirano viva en el mundo, y así estoy dispuesto y determinado á la venganza de mi amada hija y de mis queridos nietos, dando muerte acerba á este enemigo de su sangre y reino: por tanto, amigos y leales vasallos, vues-

tra ayuda pido para tal venganza, que mas vale perder un vil príncipe, que no que se pierda por sus tiranías un reino como el de Granada. Seguidme todos luego, y mostrad vuestro valor acostumbrado.» Diciendo esto, mandó á su alcaide que guardase muy bien su fortaleza, y se partió para la casa real donde estaba el rey Chico su hijo, diciendo él y todos los suyos: *Libertad, libertad: mueran los traidores tiranos, y quien los sirve: no quede ninguno.* Y con esta voz dieron tan de improviso en la guardia del rey Chico, que casi no la dieron lugar á tomar las armas, y entre ellos se movió una batalla muy cruel y sangrienta; cayendo muchos muertos de ambas partes; ¿Quién viera al buen rey Mulahazén dar golpes con su cimitarra á un cabo y á otro, que no daba golpe que no derribase caballero muerto ó mal herido? Porque Mulahazén siempre fue hombre de mucha fuerza en su mocedad, y de grande ánimo; y no era tan viejo que no pudiese pelear, pues aun no tenía sesenta años. Finalmente andaba entre sus enemigos como leon carnicero; y sus soldados hicieron lo mismo, matando á sus contrarios. Aunque eran doblados los del rey Chico, perdieron la plaza, y á su pesar se retiraron á la casa real, adonde era tanta la gritería y voces, que no se oían los unos á los otros, salvo la voz de la libertad. El rey Chico, que oyó el tropel y ruido, muy espantado y atemorizado salió á ver lo que era, y vió á su padre entre la gente de su guardia con un rigor extraño: sospechando lo que podia ser, entró á

armarse, y salió á fuera para que los suyos cobrasen ánimo con su vista. A esta sazón llegó muy mal herido el capitán de su guardia, diciéndole: «Señor, vé á favorecer tu gente, que es grande el estrago que en ellos hacen tu padre y los suyos.» El rey Chico salió dando voces, diciendo: «A ellos, amigos, á ellos, que aquí está vuestro rey; mueran todos.» Y diciendo esto, comenzó á herir en la gente del rey su padre con tanto ánimo, que puso en los suyos tal brio, que hicieron retirar gran trecho á la gente de Mulahazén; lo cual vistó por el viejo, dando voces, decia: «No os retireis de esta vil y traidora canalla.» Con el ánimo que les daba cada rey á los suyos peleaban todos con mucho esfuerzo y valor; pero poco les aprovechó á los del rey Chico su ardimiento, porque eran mas valerosos los del rey viejo; y perdida la esperanza de cobrar lo perdido, se retiraron hasta los mismos aposentos del rey Chico, y allí comenzaron á pelear los unos con los otros, cruelmente; de suerte que todo el palacio estaba poblado de cuerpos muertos, y bañado en sangre de los heridos. En esta refriega se encontraron padre é hijo; y viendo el viejo el estrago tan grande que en su gente hacia su hijo, sin mirar el paternal amor que debía tenerle, acometió á él con una furia de hircana sierpe, diciendo: «Aquí pagarás, aleve, la muerte de mi hija y nietos.» Y diciendo esto, le dió un tan gran golpe con la cimitarra en la rodela, con que le reparó, que se la hendió en dos partes, y el reyecillo fue herido en el brazo; y si no se

reparara bien, allí acabara la vida; y fuera gran bien para Granada, porque se evitaran tantos males como por su causa hubo. Pues como el rey Chico se vió herido, y sin rodela, con indecible corage, no respetando las canas de su padre, ni teniéndole aquella reverencia y obediencia que los buenos hijos deben tener á sus padres, alzó el brazo para herirle con el alfaige; mas no tuvo efecto su mal propósito, porque á la sazón acudieron muchos caballeros así de una parte como de otra, cada uno por favorecer á su rey. Aquí se aumentó la gritería y se renovó la civil y sangrienta batalla; de manera que era gran compasión ver la mortandad de aquella mal considerada gente. Tan sin piedad se mataban y herian, como si en ellos de antigüedad viniera algun mortal odio y civil guerra. Allí eran hermanos contra hermanos, padres contra hijos, parientes contra parientes, sin guardar el decóro al parentesco y amistad, no mas guiados que por pasión y afición de sus reyes; cada uno favoreciendo donde mas afición tenia, y así con estos motivos de cada parte andaba tan sangrienta la refriega, como si fuera batalla hecha entre dos enemigos ejércitos. Mas como la gente y guardia del rey Chico eran mas que los de Mulahazén, sacaban ventaja; lo cual conocido por un moro de la parte de Mulahazén, hombre de ardid y buen soldado, por salir con la victoria que pretendian, comenzó á decir en altas voces que todos lo oian: «A ellos, á ellos, rey Mulahazén, que en tu socorro vienen los caballeros Alabe-

ces, Gazules y Abencerrages: mueran los traidores, pues de nuestra parte está la victoria.» Oída esta voz por el rey Chico y por los suyos, desmayaron de suerte que parecía verse en manos de la muerte, y por evitar el notorio peligro que les amenazaba determinaron desamparar la casa real para no verse despedazados á manos de los caballeros Alabeces, Gazules y Abencerrages; y con un esfuerzo muy crecido acometió al rey Chico con una tropa de ellos por no dejarle en poder de sus enemigos, y se salieron del real palacio, dejando á sus espaldas otra gran parte de caballeros que le defendian de sus contrarios. Los del rey Mulahazén los seguían con grande osadía, entendiendo que así era verdad, que tenían socorro. De manera que los unos retirándose y los otros siguiéndolos, unos defendiendo, otros ofendiendo, llegaron á las puertas del Alhambra; las cuales hallaron abiertas, porque las guardias las desampararon visto el alboroto y bajaron á la ciudad á dar aviso á los Zegríes y Gomeles de lo que pasaba, y en la plaza Nueva hallaron algunos de ellos, y les dieron relacion de todo lo que pasaba en el Alhambra. Y como supieron el caso, á gran priesa subieron á ella; pero llegaron tarde, porque ya estaba el rey fuera de las puertas y toda su gente, y estas muy bien cerradas y puestas las guardias necesarias. Los Zegríes, Gomeles, Mazas y otros caballeros de su parcialidad, como vieron al rey Chico herido en el brazo, y la mayor parte de su guardia destruida, muerta y herida, se escan-

dalizaron y se llevaron al rey Chico al Alcazaba, antigua casa de los reyes, la cual era muy fuerte, y tenia su alcaide y gente de guardia. En esta se aposentó el rey, donde fue curado con gran diligencia, y con la guardia necesaria para su seguridad. Estaba con mucha pena porque habia perdido el Alhambra, y con no menos saña procuraba la venganza de ella contra el rey Mulahazén, el cual estaba muy alegre por ver su Alhambra libre de sus enemigos; y por limpiarla de todo punto, mandó que á todos los cuerpos muertos de los contrarios los echasen por las murallas abajo, y á los de su bando les diesen honrosas sepulturas. En las torres pusieron banderas y estandartes, mostrando mucho contento y alegría, y tocando añafles y dulzainas. En toda la ciudad se supo como el rey Mulahazén quedaba señor del Alhambra, y habia desbaratado y herido al rey Chico; con lo cual todos fueron muy regocijados, porque le aborrecian como á la muerte. Quien más celebró el contento fueron los Abencerrages, Alabeces, Gazules, Venegas y Aldoradines, y fueron muchos de ellos con el valiente Muza á darle el parabien de la victoria, y le ofrecieron de nuevo su ayuda, lo cual les agradeció el rey Mulahazén. Muza procuró paces entre su padre y su hermano, y no era posible, porque era tan grande el odio del rey viejo contra su hijo, que no quiso hacer lo que le pidió Muza, antes dijo que no habia de tener contento hasta verle destruido. No quiso porfiar Muza á su padre, por conocer en él que

tenía muy presente la muerte de Moraina su hija. Dejemos á Mulahazén en su Alhambra, y al rey Chico en su Alcazaba siguiendo sus intereses, y tratemos de los Almoradis, Almohades y Marines, linages muy poderosos y ricos, parientes de la reina Sultana, tan sin culpa presa. Ya se acordará el lector que estos caballeros Almoradis y Almohades se salieron de palacio amenazando al rey Chico por lo que hacia con su muger la reina. Pues asi como salieron del real palacio, todos se conjuraron contra el rey Chico para matarle, ó á lo menos privarle del reino, porque tan sin causa tenía presa á su muger. Y asimismo se juntaron contra los Zegries por el testimonio que habian levantado á la reina. Para conseguir mejor su fin, acordaron de trabar estrecha amistad con los Abencerrages y sus parciales, sabiendo que por esta via tenían á toda Granada de su bando. Con esta resolucion se fueron á casa de un hermano del rey Mulahazén, llamado Abdali, y le hallaron en un aposento, solo, y muy triste en ver que no podia remediar aquellas maldades y traiciones que se habian hecho contra los Abencerrages, y prision de la reina, y la muerte de Moraina y sus niños; y como entraron en su aposento aquellos caballeros Almoradis, que eran doce, y llevaban comision de todos, se maravilló Abdali y les preguntó qué buscaban. Los caballeros le dijeron que no se recelase, que mas venian en su provecho que no en su daño; que le querian hablar despacio. Abdali los mandó sentar en un

estrado muy rico, á su usanza; y estando sentados, uno de los Almoradis le dijo: «Bien sabes, príncipe valeroso, las grandes insolencias que se hacen en Granada, y las civiles y sangrientas guerras, como aquellas tan memorables de Silá y Mario; y si has mirado, no hay calle que no brote sangre de nobles caballeros; de todo lo cual es la causa tu sobrino el rey Chico, por admitir los malos consejos, pues sin culpa mandó degollar á los Abencerrages, y por esta causa murieron muchos Zegries, Mazas y Gomeles; y no contento con esto mató á su hermana Moráina y á sus tiernos hijos: que estas cosas no son de rey sino de un bárbaro, cruel y tirano, sediento de sangre humana; y derramador de ella. Ahora ha tenido una refriega y trabada pelea con su padre, que ya la sabrás, en la cual han muerto muchos caballeros, y al fin Mahoma fue de la parte de tu hermano; de suerte que ya tu sobrino está desterrado del Alhambra, y se ha apoderado del Alcazaba con favor y calor de los Zegries, Mazas y Gomeles; y nosotros los Almoradis y Almohades le hemos quitado la obediencia, porque sin culpa tiene presa á su muger la reina Sultana; dejando su honra puesta en manos de la fortuna; mira si no lo hemos de sentir, siendo tan cercana parienta nuestra; y mas viendo cuán tiranamente procede él en la gobernacion del reino, y las estorsiones que cada dia nos hace á todos; y visto esto nos hemos apartado de su obediencia junto con Marines, Abencerrages, Gazules, Aldoradines, Venegas y

todos los ciudadanos, que morirán porque vivan los Abencerrages, y pase su valor adelante; y considerando que tu hermano es ya viejo, y cansado de las guerras que contra los cristianos ha tenido, no puede gobernar como conviene, y que segun su naturaleza vivirá poco, y ha de quedar por rey Abdali, nuestro capital enemigo, el cual no hay duda sino que perseverará en lo que ha comenzado, y con mayor violencia por verse solo en el reino, todos hemos determinado que tú seas rey de Granada, pues tu valor lo merece, para que gobiernes el reino en la paz y quietud que todos deseamos, y seamos los caballeros tratados con anigable benevolencia, como de tu bondad se espera. A esto solo habemos venido los doce Almoradis que ves, por comision dada de todos los caballeros que os hemos referido. Danos respuesta luego, y de no querer admitir el reino la daremos á Muza, que aunque es hijo de cristiana, lo es de tu hermano, y merece por su valor y esfuerzo ser príncipe del mundo.» Con esto dió fin el Almoradi á sus razones, aguardando que Abdali respondiese, el cual parando un poco en el caso les dijo: «Mucho agradezco, señores caballeros, la voluntad y la oferta que me haceis: la carga que un rey se echa sobre sus hombros es muy grande, las obligaciones son muchas y mis fuerzas son pocas: mi hermano está vivo y con dos hijos; yo no hallo razon concluyente por donde pueda aceptar el favor que me prometeis; ademas de que cuando no mirase á las circunstancias dichas, será mover

nuevas disensiones, guerras civiles y alboroto. Los mas principales caballeros y toda la ciudad son de parte de mi hermano: no alborotemos mas la tierra; pero sea de esta manera: yo sé que mi hermano está mal con su hijo, y al fin de sus dias no le dejará el reino, sino á mí ó á uno de mis hijos: hablémosle mañana, diciéndole que ya es viejo, y que me dé la gobernacion del estado, para que le alivie de tanta carga; y si me dá este oficio, con facilidad se podrá hacer lo que me pedís, y al fin dirán que por consentimiento de mi hermano habrá sido. A todos les pareció muy bien lo que Abdalí respondió, y tuvieron por buen consejo aquel; y asi quedó determinado, que el siguiente día se tratase aquel caso con el rey Mulahazén; lo cual se trató con él, yendo para ello muchos caballeros Abencerrages, Alabeces, Venegas y Gazules; y estando todos con el rey, un caballero de los Venegas le habló, diciendo: «Noticia tenemos, rey Mulahazén, de todos nuestros pasados, de que los reyes de Granada han sido para con los vasallos benévulos y apacibles, y siempre les han tenido muy crecido amor; lo cual ahora es al contrario, pues tu hijo en vez de hacer mercedes á sus súbditos, sin ocasion les quita las vidas. Ya sabrás lo que ha pasado estos dias, y el escándalo y alboroto de la ciudad por la muerte de los nobles Abencerrages, de lo cual han redundado aquestas guerras civiles, muertes, y desastrados fines entre los ciudadanos; y sé cierto, que si no se pone remedio, en poco verás tu ciudad despoblada, porque todos iran á bus-

car la paz á las ajenas tierras, pues en la suya no la tienen: nadie se queja de tí, ni hay por qué; pero nos recelamos de tu hijo, que tan mal procede en el gobierno de tu estado; que si ahora que eres viejo nos faltas, y por tu edad la muerte llama, y tu hijo queda por ley, será gran daño de todos; y así querriamos que pusieses un gobernador para que te aliviase la carga de la gobernacion, y que en faltando tú, diesen el reino al gobernador, siendo cual conviene. Por tal elegimos á tu hermano Abdalí, y será posible que tuviese enmienda tu hijo, visto que has puesto gobernador; y puesta su enmienda, merecerá tener el reino. A esto solo hemos venido á darte cuenta de nuestra pretension, lo cual te suplicamos nos otorgues, y en cambio de esta merced que te pedimos, si nos lo concedes, te damos palabra, á fé de caballeros hijosdalgo, de quererte servir, y obedecer en todo y por todo mientras vivieres.» Atento estuvo el rey Mulahazén á las palabras del caballero Venega; y reparando en que las leyes disponen que herede el hijo al padre, en particular siendo reino; y quando se acordó de la gran desobediencia que su hijo habia tenido con él, y los grandes daños que por su causa habian sucedido, y recelándose de otros mayores, acordó de dar contento á estos caballeros, viendo ser justa la peticion, y que era en provecho de todos, y así dijo: «Que era contento en que su hermano gobernase el reino junto con él; y despues de muerto, su hijo Abdalí fuera rey, porque debia dársele el reino. Los ca-

balleros le dieron las gracias por la merced que les habia concedido, y dieron á Abdalí el parabien de gobernador; y habiendo jurado de hacer lo que se debia en el oficio de la gobernacion, y de guardar la lealtad debida á su hermano, al son de muchos instrumentos se le dió el cargo. Con esto se despidieron del rey todos los caballeros, y acompañaron al gobernador hasta su casa: y luego aquel dia mandó pregonar por toda la ciudad, que cualquiera que recibiese algun agravio de otro, que fuese á su casa, y que él satisfaría á cada uno conforme á derecho, guardando á todos justicia. Toda la ciudad se holgó mucho por la eleccion hecha, porque mediante esto iban quitando las fuerzas al rey Chico. Asi se entendió apaciguar la ciudad, y fue echar leña al fuego y alquitrán á la pólvora; porque luego que el rey Chico llegó á saber lo que su padre habia hecho, en lugar de enmendarse, hacia mil agravios y desafueros, y cosas indecentes, todo confiado en los Zegries, Gomeles y Mazas; y estos linages se comunicaron á cerca de lo que harian, pues habia creado Mulahazén coadjutor para el gobierno. Resolviéronse en que siguiesen al rey Chico, y persiguiesen á los Abencerrages, pues tenia poder para uno y otro; y que no desamparasen al rey hasta la muerte; y asi le dijeron al rey, que él solo lo sería, ó moririan en la demanda; y entendida por el rey Chico esta voluntad de sus valederos, les mandó, que cualquiera persona noble ó plebeya que fuese de la parte del rey su padre, ó del gobernador, se la llevara

allí, y al momento fuera degollada; y si se defendiese por no ser presa, que la matasen al punto. Por esta causa fueron degollados y presos muchos que hacían la parte del rey Mulahazén; y sabido por él, y por Abdali, gobernador, mandaron lo mismo á todos los de su parte. De aquesta suerte habia mas matanza cada dia, que en Roma en tiempo de las guerras civiles. La ciudad se dividió en tres opiniones y partes: la una seguia á Mulahazén, y eran los Abencerrages, Gazules, Alabeces, Aldoradines, Venegas, Azarques, Alarifes, y la mayor parte del comun, por el amor que á los Abencerrages tenian. Al rey Chico seguian Zegries, Gomeles, Mazas, Laugetes, Bencerrages, Alabeces, y otros caballeros. Al gobernador Abdali seguian Almoradis, Almohades, Marroes, y otros muchos caballeros, por ser estos dos linages de los reyes de Granada. De esta suerte estaba la desventurada ciudad repartida, y cada dia habia mil escándalos y muertes. La gente ciudadana, mercaderes, oficiales, ni labradores, no se atrevian á salir de sus casas. Los caballeros y gente principal no salian menos de veinte juntos, porque si les acometiesen sus contrarios, pudiesen resistirlos; y si salian seis, ó diez, luego los acometian, prendian y degollaban; y si se defendian, los mataban allí. Con estas violencias y crueldades habia cada dia llantos, tristeza y pesadumbres. Habia tres mezquitas en Granada, y á cada una acudia su bando. En lo llano de la ciudad habia una, donde ahora es el Sagrario, á la cual acudian el rey Chico y sus

apasionados. Otra habia en el Albaicin, que ahora se llama S. Salvador, y á esta acudia el gobernador y su gente. En el Alhambra habia otra, que ahora se dice Santa Maria, donde estaba Mulahazén y los de su bando. Cada uno conocia su distrito y jurisdiccion. ¡Oh Granada, qué desventura fue esta que vino sobre tí! ¿Qué se hizo tu nobleza? ¿Donde está tu riqueza? ¿Qué se hicieron tus pasatiempos, tus galas, justas y torneos, juegos de sortija, fiestas de S. Juan, músicas adornadas y zambras? ¿Adónde estan tus admirables juegos de cañas? ¿Qué se hicieron las vistosas libreas de los gallardos Abencerrages; las delicadas invenciones de los Gazules; las altas pruebas y ligerezas de los Alabeces; los costosos trages de los Zegríes, Mazas y Gomeles? ¿Donde está todo tu bien y contento? Parece que se ha convertido en lágrimas, tristezas, traiciones, muertes, lagos de sangre vertida con crueldad y tiranía. Muchos caballeros ciudadanos desamparaban la ciudad, temerosos de lo que veian. Otros caballeros se iban á sus cármenes y heredades, y de allí los traían á degollar, cosa no vista sino en Roma. Muza estaba muy enojado viendo aquellas maldades que se hacian por momentos, y procuraba medios para quitar y atajar tal daño; y así él y un linage de caballeros llamados los Alfaquíes, y Sarracino, Reduan y Abeñamar andaban de un rey en otro, suplicándoles que viniesen en concierto las enemistades; y como estos caballeros Alfaquíes eran muchos, muy ricos y de esclarecida sangre, y

no estaban sujetos á ninguna parte apasionadamente; siempre á la obediencia del rey Mulahazén, cada uno de los otros dos deseaba tenerlos por amigos; y así les quisieron dar gusto en dar asiento en aquellos bandos, viendo cada dia se menoscababan los caballeros y moradores de la ciudad, así en muertes como en ausencias; y porque Muza habia jurado que habia de dar muerte á quien no dejase las comunidades, tanto hizo con ayuda de los Alfaquíes, Sarracino, Reduan y Abenamar, que vinieron á poner paces entre los caballeros de los bandos, prometiendo que no habria mas crueldades ni muertes, sino que hasta la muerte de Mulahazén cada uno siguiese á su rey sin ser forzado, sino que á su gusto siguiesen al que quisiesen de los dos, y que cada rey conociese y determinase las causas de su jurisdiccion, sin entrometerse el un rey con lo que al otro tocase. El rey Chico pidió que los Abencerrages cumpliesen el tenor de su sentencia, cumplidos los dos meses que les dió de término. Mulahazén decia que no habian de salir los Abencerrages de Granada hasta que él fuese muerto. En esto estuvieron discordes algunos dias, y era la causa que los Zegríes se lo pedian al rey Chico, y todos los demas caballeros contrarios lo defendian. Finalmente, quedó asentado que habian de salir del reino, pues que así lo pidieron los Abencerrages al rey Mulahazén, porque querian ser cristianos y servir al rey D. Fernando, que si no fuera por esta causa, jamas salieran de Granada, porque tenian de su

parte al rey viejo y á los mas principales caballeros, y á todo el comun de la ciudad. Mediante las diligencias dichas quedó la ciudad en paz, aunque duró poco, como adelante se dirá. Por estas diferencias se hizo este

ROMANCE.

Muy revuelta anda Granada
en armas y fuego ardiendo,
y los ciudadanos de ella
duras muertes padeciendo;

Por tres reyes que hay esquivos,
cada uno pretendiendo
el mando, cetro y corona
de Granada y su gobierno.

El uno es Mulahazén,
que le viene de derecho;
el otro es un hijo suyo,
que le quiere á su despecho.

El otro un gobernador
que Mulahazén habia puesto:

Almoradí y Almohades
á este le dan el cetro.

Al rey Chico los Zegríes,
diciendo que es heredero:

Venegas y Abencerrages
se lo van contradiciendo.

Dicen que no ha de reinar
ninguno, hasta que sea muerto

el viejo Mulahazén,
pues es vivo, y tiene el reino.

Sobre estas guerras civiles
 el reino van consumiendo,
 hasta que el valiente Muza
 en ello puso remedio.

Al fin por Muza, los Alfaquíes, y por Reduan, Sarracino y Abenamar se apaciguaron las guerras; de suerte que con seguridad se podia andar por la ciudad. Asi parece que será bien tratar de la determinacion de los Abencerrages; y fue que un dia se salieron á pasear, y con ellos los Alabeces y Aldoradines, y habiéndose consultado entre todos, acordaron de irse á volver cristianos, y servir al rey D. Fernando en las guerras que tenia contra Granada; y asi para saber el gusto del rey D. Fernando, le avisaron del suyo por esta carta.

«A tí, invictisimo Fernando, rey de Castilla, y Generalife
 «ensalzador y observador de la fé de Jesucristo,
 «salud, para que con ella defiendas y aumentes
 «tus estados, y tu fe vaya adelante. Nosotros los
 «caballeros Abencerrages, Alabeces, y Aldoradi-
 «nes, besamos tus reales manos, y decimos y ha-
 «cemos saber, que siendo informados de tu gran
 «bondad, deseamos de irte á servir, pues por tu
 «valor mereces que todos los hombres te sirvan;
 «y asimismo queremos ser cristianos, y vivir y
 «morir en la Fé Católica que tú y los tuyos pro-
 «fesais y teneis. Para esto queremos saber si es
 «tu voluntad de admitirnos debajo de tu ampa-
 «ro, y que estemos en tu servicio; y haciendo-
 «lo asi te damos fé y palabra de servirte bien y
 «lealmente, como fieles vasallos, en esta guerra

«que tienes contra Granada y su reinado; y te
 «serviremos de suerte, que prometemos darte á
 «Granada en tus manos, y la mayor parte de su
 «reino. En esto haremos dos cosas: la una ser-
 «virte á tí como á señor y rey nuestro, y por la
 «otra trataremos de vengar la muerte de nues-
 «tros deudos, degollados tan sin razon por el
 «rey Chico, á quien profesamos ya y reconoce-
 «mos por odioso y mortal enemigo, y deseamos
 «verle debajo de tu obediencia, y verte enseño-
 «reado de este reino, como afirmamos que lo
 «serás poniéndote á ello. Y con esto cesamos be-
 «sando tus reales pies. = *Los Abencerrages.*»

Escrita esta carta se la dieron á un cautivo cristiano y con ella libertad, encargándole el secreto; y una noche salieron de Granada con él, y le acompañaron hasta ponerle en seguridad, y le enviaron en paz; el cual con diligencia caminó sin detenerse hasta Talavera, donde estaba el rey D. Fernando, y en llegando á su real presencia hincó las rodillas en tierra, y habló, presentes todos los grandes, de esta manera: «Muy poderoso y católico rey, columna y defensor de la Religion cristiana: sabrás, señor, que he estado seis años cautivo en Granada, donde he padecido muchos trabajos, aunque me los alivió Dios nuestro Señor por las limosnas que un caballero Abencerrage me ha hecho, por el cual y la voluntad de Dios, soy vivo y libre: este caballero fue una noche á la mazmorra donde yo estaba, y me trajo á su casa, y me quitó las prisiones y vistióme este traje moro: Salimos

aquella noche de Granada él y yo, y otros dos caballeros, y me acompañaron hasta ponerme en tierra de cristianos, y dándome dineros para el camino, me dieron esta carta y me encargaron el secreto, y que la pusiese en tus reales manos. Dios ha sido servido de que llegase á tu real presencia; esta es, cumplo con mi obligacion y promesa. Y en besándola se la dió al rey D. Fernando, el cual la tomó y leyó para sí, y la dió despues á Hernando del Pulgar, su secretario, para que la leyese públicamente; y siendo leida todos los grandes se alegraron grandemente en saber que aquellos caballeros querian ser cristianos, y servir al rey en las ocasiones de la guerra contra Granada, porque serían de mucha importancia para la conquista de aquel reino; y habiendo consultado el rey con los suyos, se acordó que respondiesen á la carta; y asi que la escribió Hernando del Pulgar, se buscó mensagero conveniente para aquel secreto, y partió de Talavera; y llegando á la ciudad de Granada dió la carta al Abencerrage que dió libertad al cautivo, que se llamaba Ali Mahomat Barrax, el cual recibió la carta, y de secreto hizo juntar á todos los Abencerrages, Aldoradines y Alabeces, y siendo juntos abrió la carta que decia asi:

«Abencerrages nobles, famosos Aldoradines, y fuertes Alabeces, recibimos vuestra carta, con la cual se alegró toda nuestra corte, entendiendo que de vuestra venida no puede resultar cosa dañosa, sino mucha virtud, porque sois de calificada sangre; y en particular nos hemos

«alegrado y dado infinitas gracias á nuestro Re-
 «dentor Jesuérsto, porque os ha traído al cono-
 «cimiento de nuestra Santa Fe Católica; en la
 «cual sereis del todo mejorados por la virtud de
 «ella. Decís que nos servireis en las guerras que
 «tenemos contra infieles de nuestra religion: por
 «ello os prometo doblados sueldos, y esta nues-
 «tra real casa tendreis por vuestra; porque en-
 «tendemos que vuestro proceder lo merece. De
 «Talavera donde al presente quedamos, — *El*
 «*rey D. Fernando.*»

Grande fue el contento que recibieron todos los caballeros circunstantes, sabiendo la atencion y merced que el rey D. Fernando se ofrecia á hacerles; y así acordaron de salir de Granada; y para hacer mejor su negocio, determinaron que luego fuesen los Abencerráges á servir á D. Fernando, y que los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Venegas quedasen en Granada dando orden á fin de que se le diese la ciudad y el reino; para lo cual los Alabeces escribieron á sesenta y seis alcaides, parientes suyos, que estaban en fuerzas importantes guardando el reino en el rio de Almería y Almanzor, y Sierra de Filabres, haciéndoles saber lo que tenían acordado, y lo que le escribieron al rey D. Fernando, y lo que les fue respondido: Todos los alcaides estuvieron bien en ello, y no hubo ninguno que lo contradijese, considerando las pesadumbres de Granada, y que en ella habia tres reyes, y que cada uno quería mandar, de donde no podía resultar bien ninguno. Tambien escribieron los Al-

moradis, Venegas, y Gazules á parientes suyos, que eran alcaldes en el reino, todbs guardandó el secreto, y alistados para cuándo fuese tiempo. Los Abencerrages se despidieron de sus amigos y de toda la ciudad, y salieron de ella á medio dia, llevando todo el oro, plata y joyas que tenían. ¿Quién podrá contar la lástima y el dolor con qué todos los de la ciudad quedaron, viendo salir desterrados sin culpa á mas de cien Abencerrages? De antes lloraban á los degollados, ahora lloran á los que desamparan la ciudad; maldician al rey Chico, y que no se lograse en el reino; maldiciendo á los Zegries, causadores de tantas sediciones, muertes y destierros. Solo se alegraron de la ausencia y destierro de los Abencerrages, los Zegries, Mazas y Gomeles, y celebraban su contento con el rey Chico, al cual decian mil lisonjas halagueñas, dándole las gracias por lo que habia hecho por darles gusto; y no faltó entre ellos quien dijo: «¿Qué es esto Abdal? ¿Asi dejas salir á la flor de los caballeros de Granada? ¿No sabes que todo el comun, y lo mas granado de la ciudad estaba pendiente de la voluntad de estos nobles caballeros? No entiendas que á solos ellos pierdes, sino á otros muchos caballeros de prosapia, nobles y principales, guardadores y defensores de tu reino. Pues yo te certifico, que te ha de pesar muchas veces de los agravios que les has hecho, y los has de echar menos antes de mucho tiempo.» Bien conocia el rey ser notable el agravio que habia hecho y hacia á los Abencerrages; pero tenían-

le tapados los oídos las sirenas de los Zegríes, y no le despertaron los gritos, llantos, alaridos y voces que todos los de la ciudad daban por la ausencia y destierro de este virtuoso linaje. Así salieron de Granada los Abencerrages con gran dolor, por ver el sentimiento que aquella ciudad hacia de su ida. Salieron con ellos muchos ciudadanos, diciendo que adonde iban los Abencerrages habian de ir ellos. Quedó la ciudad tan sola, ausentes estos caballeros, que se parecia muy bien su falta. Echaban menos los caballeros la noble y hermosa compañía; los galanes el dechado de sus galas, los cautivos pobres su remedio; los huérfanos y viudas su amparo. Idos los Abencerrages tomó el rey posesion de todos sus bienes, y los mandaba pregonar por traidores, á lo que no dió lugar. Muza ni otros caballeros, so pena de volver á la guerra pasada. Y cesando en el Rey este propósito, cesó el de los caballeros amigos de los Abencerrages. Dieron aviso al rey Mulahazén como habian salido los Abencerrages á cumplir su destierro; lo cual sintió mucho, y dijo que él los volveria á Granada á pesar de su hijo y de sus consejeros. Los Abencerrages fueron adonde el rey D. Fernando estaba, y en su compañía iban Sarracino y Galiana, Reduan y Haja, Abenamar y Fátima, Zulema y Daraja: todos con muy firme propósito de recibir el bautismo, como lo hicieron. Y llegados á la real presencia del rey D. Fernando, fueron de él y de su corte muy bien recibidos, y á otro dia fueron bautizados,

siendo el rey padrino y la reina madrina, y los casaron segun orden de nuestra Santa madre Iglesia á los que eran casados cuando moros: á todas las cuales ceremonias asistió el rey y la reina y todos los grandes, honrándolos; y fueron hechas fiestas y regocijos por todos, y pasadas les fueron asentadas plazas de muy ventajosos sueldos. A las nuevamente bautizadas hizo la reina Doña Isabel damas de su estrado. Los caballeros fueron sentados en compañía de D. Juan Chacon, señor de Cartagena, y capitán de caballos. Hizo teniente á un caballero Abencerrage, llamado cuando moro Ali Mahomad Barrax, y cristiano, D. Pedro Barrax; Sarracino, Reduan y Abenamar fueron tenientes de capitanes de caballos, como lo fue de D. Manuel Ponce de Leon, Sarracino; de D. Alonso de Aguilar, Abenamar; de D. Pedro Portocarrero, Reduan. En las cuales compañías servian con cuidado, y en las ocasiones se echaba de ver el valor de sus personas; donde los dejaremos por acabar el pleito de la reina Sultana.

Habiendo pasado treinta dias mas de los que habia el rey concedido á la reina Sultana para que diese quien la defendiera, como no habia dado caballeros mandó el rey que la sentenciasen á quemar, porque asi lo disponia la ley. A lo que contradijo el valiente Muza diciendo: «Que no habia podido la reina nombrar caballeros, respecto de las guerras civiles y diferencias que habia habido en Granada, y asi no se debia ejecutar la sentencia.» A Muza ayudaron todos los principales

caballeros de Granada, salvo Zegríes, Gomeles y Mazas, por ser de su bando. Los Zegríes tuvieron con Muza muchas proposiciones y respuestas de si se habia de ejecutar ó no la sentencia; y vista por el rey la disputa, dió quince dias mas de término á la reina, para que en el espacio de ellos señalase caballeros defensores; lo cual fue á mostrar Muza á la reina, por tener él solo licencia de hablar con ella; y entrando halló á la Sultana triste por ver su plazo ya cumplido, y por la ausencia de Galiana, aunque tenia consuelo con Celima. Y sentándose Muza junto á la reina, la contó todo lo que habia pasado, y cómo la habian dado quince dias mas de término para que nombrase quien la defendiese; que mirase á quien habia de señalar, y lo dijese con tiempo antes que se pasase el término. Sus bellas mejillas regadas con la inundacion que por los hermosos ojos brotaba, dijo la reina: «Nunca entendí que durara la terrible obstinacion en el cruel rey, tu hermano y mi marido, y que tuviera ya entera satisfaccion de mi lealtad é inocencia; y respecto de esto no he hecho ninguna diligencia en este caso, por saber de cierto que no he cometido el crimen de que me hace cargo; y por las revueltas y sediciones, bandos y guerras que ha habido; pero ahora que veo que la maldad pasa adelante contra mi casto pecho, yo buscaré quien dé entera satisfaccion de mi honra, y castigo ejemplar á los falsarios. Yo determino de favorecerme de piadosos caballeros cristianos, porque de moros no quiero confiar

un caso de tanta importancia; no por la vida, que no la tengo en nada, sino por no dejar tan fea mancha en el honor que con tanta integridad he guardado siempre.» Con estas palabras la reina aumentaba mas su dolorosa pasion y llanto; y era tanto en abundancia, que enternecido el valeroso Muza se le vinieron las lágrimas á los ojos, y esforzándose dijo á la reina: «No derrames esas perlas, bella Sultana: cesen vuestros llantos, que aqui me teneis á vuestro servicio; yo os defenderé, y no morireis aunque sea homicida del rey mi hermano.» Con esto se consoló un poco, y se resolvió de escribir á tierra de cristianos para que viniesen á defenderla algunos caballeros. Celima estaba muy triste por la ausencia de su hermana Galiana; y despidiéndose de la reina se fue y la dejó sola en su retrete; la cual formando querellas de la variable fortuna, se quejaba diciendo:

Fortuna, que en lo escelso de tu rueda,
 con ilustrada pompa me pusiste,
 por qué de tanta gloria me abatiste?
 Estable te estuvieras, firme y queda,
 y no abatirme asi tan al profundo,
 adonde fundo
 dos mil querellas
 á las estrellas,
 porque en mi daño
 un mal tamaño
 con influencia ardiente premio vieron,
 y en penas muy estrañas me pusieron.
 Oh mil veces bien afortunados

vosotros Bencerrages, que muriendo
 salisteis de trabajos, feneciendo
 los males que os estaban conjurados;
 y os puso en libertad gloriosa suerte,
 aunque era fuerte;
 mas yo, cuitada,
 aprisionada,
 con llanto esquivo,
 muriendo vivo:

y no sé el fin que habrá mi triste vida,
 ni á tantos males cómo habrá salida.

Naufragios tristes pasa mi ventura;
 en lágrimas se anega mi contento;
 secóse ya mi flor, llevóse el viento
 mi bien, dejándome en gran desventura.

Adónde está lo escelso de mi pompa? Generalife

Bien es que rompa
 con llanto eterno

el duro infierno,
 y favor pida
 como afligida,
 diciendo que ya el suelo no me quiere;
 que se abra, y que me trague si quisiere.

Si el vulgo no dijera que mi honra
 de todo punto estaba ya manchada,
 yo diera con aguda y dura espada
 el postrimero fin á mi deshonra;
 mas si me doy la muerte, dirá luego
 el vulgo ciego,
 que habia gran culpa,
 y no disculpa;
 pues con mi mano

tomé temprano
la muerte aborrecida y fuerte;
y así no sé si viva ó me dé muerte.

Si del horrendo lazo el negro sino
de cárdeno color no se estampase,
de suerte que en el cuello declarase
la causa de furor tan repentino;
yo diera el tierno cuello al lazo estrecho,
y muy de hecho,
la ira temo
en grande extremo;
que de otra suerte
aquella muerte
ya fuera por mi mal bien escogida,
si muriendo quedara yo sin vida.

Dichosa tú, Cleopatra, que tuviste
quien del florido campo te trajera
la causa de tu fin, sin que supiera
ninguno por cual modo feneciste:
apenas se hallaron las señales;

ya funerales,
del ponzoñoso
áspid piadoso,
que con dulzura
en la blancura
de tu hermoso brazo fue obrando
con venenoso diente, tierno y blando.

Y si de cautiverio y servidumbre,
ilustre reina, fuiste libertada;
y á la soberbia Roma no llevada
en triunfo como era de costumbre;
Yo, cuitada, que muero sin remedio,

por no haber medio,
 cual tú le hubiste,
 gran mal me embiste;
 y mi enemigo
 hará conmigo
 un triunfo desigual á mi limpieza,
 pues se le entrega al fuego mi nobleza.

Mas aunque falte el áspid á mi medio,
 yo romperé mis venas, y la sangre
 haré que en abundancia se desangre,
 de suerte que el morir me sea remedio;

Y así el Zegrí sangriento que levanta
 con furia tanta
 el mal horrible
 y tan terrible
 en daño mio
 en Dios confío
 que no triunfe de mí en aqueste hecho,
 pues no verá partirme el duro pecho.

Estas y otras lastimosas cosas decía la afligida Sultuna con intento de romper sus transparentes venas para desangrarse; y resuelta en darse este género de muerte, llamó á Zelima y á una doncella cristiana, llamada Esperanza, de Hita, que la servia, la cual era natural de la villa de Mula; y llevándola su padre y cuatro hermanos á Lorca á desposarla, fueron salteados de moros de Tirieza y Jaquena; y defendiéndose los cristianos, mataron mas de diez y seis moros; y siendo mortalmente heridos los cristianos, cayeron muertos los Caballeros. La doncella fue cautiva y presentada al rey, y él la dió á la reina por

ser hermosa y discreta. Venidas Zelima y Esperanza al llamado de la reina, les dijo: «Celima bella, discreta Esperanza, aunque tu buen nombre no me la da en mi pena, ya sabes la injusta prision mia; y cómo se ha pasado el término en que habia de dar caballeros que me defendieran; aunque respecto de estas guerras que ha habido, me ha dado el rey quince dias de término mas, cuando entendí que estaba arrepentido en su yerro, y seguro de mi castidad. El tiempo es breve, y no sé á quien encargue este negocio. Sabed que tengo acordado de darme yo misma la muerte, y será abriéndome las venas de los brazos, y que vayan destilando la sangre que me alimenta. Elijo esta muerte, porque los traidores Zegries y Gomeles no me vean morir: solo una cosa os ruego, por ser lo último y postrero, y es que al punto que acabe de espirar (tú, Celima, sabes donde entierran los cuerpos reales), abrais los antiguos sepulcros, y allí pongais mi cuerpo, aunque desdichado; y tornando á poner las losas como de antes estaban, me dejéis, callando el secreto; el cual encargo á las dos; y á tí, Esperanza, te dejo libre, que eres mia: tomarás mis joyas para tu casamiento; y cástate con quien te estime, y escarmentad en esta desdichada reina. Lo que os he rogado, os vuelvo á pedir de nuevo, y no me falseis en nada, porque con eso moriré contenta. Y no cesando de llorar tomó un cuchillo de su estuche, y alzándose la manga de la camisa se iba á herir; mas Esperanza de Hita la tuvo el brazo llorando amargamente, y con

amorosas y blándas palabras la consoló con las razones siguientes:

Hermosísima Sultana, no te aflijas, ni á las lágrimas des tus lindos ojos, y pon en Dios inmenso tu esperanza, y en su bendita Madre, y de esta suerte saldrás con vida, junto con victoria, y á tu enemigo acerbo en este instante verás atropellado duramente.

Y para que esto venga en cumplimiento, y en tu favor respire el alto cielo, pon toda tu esperanza con fe viva en la que por misterio muy divino fue Madre del que hizo cielo y tierra, el cual es Dios inmenso y poderoso, y por misterio alto y sacrosanto en ella fue encarnado, sin romperse aquella intacta y virgen carne santa.

Quedó la infanta virgen y doncella antes del sacro parto, y en el parto, y tambien despues de él virgen muy pura. Nació de ella hecho hombre, por reparo de aquel pecado acerbo, que el primero padre que tuvimos cometiera; nació de aquella virgen, como digo; despues en una cruz pagó la ofrenda, que al mas inmenso Padre se debia; allí en todo rigor la fue ganando, por darle al pecador eterna gloria.

En esta virgen, pues, reina y señora, ahora te encomienda en este trance, y tenla desde hoy por abogada;

y tórnate cristiana; y te prometo,
que si con devocion tú la llamasés,
que en limpio sacaría esta tu causa.

La reina estuvo á todo muy atenta;
y llena de consuelo halló en su alma
con las palabras dulces y discretas
que la Esperanza dice, y consoláda,
habiendo en su memoria ya revuelto
aquel alto misterio de la Virgen;
teniendo ya impreso allá en su idea,
que gran bien le sería ser cristiana,
poniendo en las reales y virgíneas
manos sus trabajos, tan inmensos;
y así abrazando á su Esperanza, dijo:

«Han sido, mi Esperanza, tus razones
tan vivas y tan altas, que en un punto
con penetrante fuego han allegado
á lo que muy mas íntimo tenía

allá en mi corazón, y mas secreto,
y con afecto grande se han impreso;
tanto, que yo querria que ya fuese
llegado el feliz punto, tan dichoso,
en que cristiana fuese; y te prometo
tener por abogada á la que Madre
de Dios inmenso fue por gran misterio.

Y así lo creo yo, como tú dices,
y á ella me encomiendo ya, y ofrezco
en sus benditas manos mis angustias
con esperanza viva de remedio:
la pongo desde hoy, y en Dios confío
por su bondad inmensa, que me saque
de tan terribles males á buen puerto.»

Atenta estuvo á todas estas cosas Zelima, y enternecida en lágrimas viendo asi llorar á la reina, y determinada de seguir los mismos motivos, y de tornarse cristiana, con amorosas palabras dijo á la reina: «No imagines, hermosa Sultana, que aunque tú te vuelvas cristiana, yo dejaré de seguir tu compañía, para que de mí sea lo que de tí fuere: yo tambien quiero ser cristiana, porque entiendo que la fe de los cristianos es mucho mejor, que la mala secta que hasta ahora hemos guardado del falso Mahoma. Y pues todas estamos en un mismo parecer, si se ofreciere morirémos por Jesucristo, y conseguiremos vida eterna.» La reina escuchaba con el entrañable amor que decia aquellas palabras Celima, y echándola los brazos, la abrazó, y dijo á Esperanza: «Ya que habemos acordado de ser cristianas, ¿qué harémos para salir de aquí? Aunque mi salida quisiera que fuera para recibir martirio por Cristo, y ser bautizada con mi misma sangre.» A lo cual respondió Esperanza: «Visto, señora, tu buen propósito, te daré buen consejo para que quedes libre de esta falsedad que te levantan. Sabrás, reina y señora, que sirve al rey D. Fernando un caballero, que se llama D. Juan Chacon, señor de Cartagena, el cual está casado con Doña Luisa Fajardo, hija de D. Pedro Fajardo, adelantado y capitán general del reino de Murcia: es muy valiente el D. Juan Chacon, y muy amigo de hacer bien á todos los que poco pueden. Escríbele, señora, que yo sé, que si le pides su favor, que no te

le negará, porque es muy piadoso, y luego buscará amigos que vengan con él á librarte; y entiendo que cuando ninguno le quiera acompañar, que él solo vendrá; porque te certifico que es de esfuerzo estremado, y dará fin á tanta desventura como tienes, y nos aliviará en nuestra gran pena, causada de la tuya y de tu cruel prision.»

— «Pues tan buen consejo me diste, dijo la reina, para lo mas importante, que no fue de menos que ganar un alma perdida, no dejaré de tomar tu consejo, que es para lo menos, por ser libertad del cuerpo, y al momento me pondré á escribir á este caballero»; y dándole recado escribió una carta á D. Juan Chacon, que decia así:

«La infeliz y desdichada Sultana, reina de Granada, del antiguo y claro Moraizél hija; á ti, D. Juan Chacon, señor de Cartagena, salud para que con ella, ayudado de Dios nuestro Señor y de su santísima Madre, puedas darme el favor que mi gran necesidad te pide, en la cual muy grandemente estoy puesta por un testimonio que me han levantado unos traidores caballeros, que son Zegries y Gomeles, diciendo que violé con varon ageno el aposento real de mi marido, y que delinquí con un noble caballero llamado Albin Hamete, Abencerrage; lo cual ha sido causa é instrumento para que los caballeros Abencerrages fuesen degollados sin tener culpa; y no obstante esto, haber por ello en aquesta desdichada ciudad guerras civiles, de las cuales se han seguido muchas muertes de caballeros; y lo que mas sien-

«to es, que haya puesto dolo en mi honra, tan
 «sin culpa, y que si en espacio de quince dias
 «no doy quien defienda mi honor, se ha de eje-
 «cutar en mí la sentencia en que estoy conde-
 «nada, que es á morir quemada; y avisándome
 «una cautiva cristiana de tu valor, esfuerzo, pie-
 «dad, virtud y bondad, acordé de favorecerme
 «de tí, pues eres padre de necesitados, y vengador
 «de agravios. Mi necesidad es grande, pues
 «soy muger sola, desconsolada y triste; mi agrava-
 «vio es el mayor que en el mundo se ha hecho,
 «pues se han atrevido traidores á poner mácula
 «en mí, y á levantarme tal testimonio; lo que
 «jamás imaginé. Yo estoy afrentada, y en el peli-
 «gro dicho: si no me socorreis soy perdida. No
 «me negueis vuestro favor, pues encomiendo en
 «vuestras manos mi honra; y si por ser yo in-
 «fiel no me quereis favorecer, consideraréis que
 «no lo soy, sino que creo en Dios todopodero-
 «so, y en la Virgen Santa María; su madre, en
 «quien confio me alcanzaréis gloriosa victoria de
 «mis enemigos, con la cual quedará libre mi hon-
 «ra, y se sabrá la verdad cierta; y confio que os
 «doleréis de esta desconsolada reina: no mas. De
 «Granada etc. = *Sultana, reina de Granada.*»

Acabada de escribir la carta, se la leyó la rei-
 na á Celima y á Esperanza, de que se holgaron
 mucho viendo su buen parecer, y cerrada y se-
 llada, y puesto el sobreescrito, enviaron á lla-
 mar á Muza; y venido, le rogó la reina, y Ce-
 lima que enviase con un mensagero fiel aquella
 carta, y Muza lo prometió así; y aquel dia des-

pachó con la carta un hombre de confianza; y llegando á la corte dió la carta á D. Juan Chacon; y leida respondió á la reina Sultana, consolándola con palabras muy eficaces en una carta del tenor siguiente;

«A tí Sultana, reina de Granada, salud para que yo pueda besar tus reales manos, por la singular merced que me haces en querer servirte de este tu humilde siervo para un negocio tan árduo y de tanta gravedad. Muchos y muy principales caballeros hay en esta corte á quien pudieras mandar lo que á mí; y pues lo mandas, obedezco, y acepto lo que me pides, confiando en Dios y en su bendita madre, y en tu inocencia; y así digo, que el último dia del plazo partiremos á servirte yo y tres caballeros amigos, y no habrá falta: encomiéndate á Dios, el cual te guarde y defienda. De Talavera etc. =
«D. Juan Chacon.»

La carta escrita, la cerró y selló con su sello, lazos, flor de lis, blason de sus antepasados; y dándola al mensajero, le envió; y llegado á Granada le dió la carta á Muza, y él la llevó á la reina; y habiéndola hablado, y á Celina su señora, se despidió, y en saliendo Muza, abrió la reina la carta y la leyó; presentes Celina y Esperanza de Hita; quedando con mucho contento y consuelo, y aguardando el dia de la batalla. A esta coyuntura se sabia por toda Granada, como los caballeros Abencerrages se habian vuelto cristianos, y Abenamar, Sarracino, y Reduan, de que no poco temor tuvo el rey Chi-